

El toque de  
*Shejiná*

Victor Hugo Flores



*In girum imus nocte et consumimur igni*  
(En la noche vamos y en el fuego nos consumimos)

**SIDONIO APOLINARIO**

- I.** En el principio fueron los Ángeles Divinos
- II.** Y ellos se convirtieron en Ángeles Caídos
- III.** Ahora todos somos Ángeles Oscuros

**YOSEF BEN YITSHAC**

Una voz muy roja  
quedó encendida  
en el silencio de tus labios

**GILBERTO OWEN**

## Prólogo

Enigmático lector: Siempre, agradezco tu amable visita a El Vals de la Muerte. Y como parte de ello, te comento que, en las descargas de la sección de relatos, el oscuro cuento de hadas *Sangre y Rosas* parece ser uno de los relatos más seleccionados. Esa percepción me ha decidido a subir esta narración, *El Toque de Shejiná*, que es la continuación de *Sangre y Rosas*.

No obstante, se necesita una brevísima aclaración para entender ciertos elementos de esta historia: *El Toque de Shejiná* no fue escrito como continuación. *El Toque de Shejiná* fue escrito primero —en el año 2000—, y después, vino *Sangre y Rosas* —éste en el 2004.

*Sangre y Rosas* nació de una necesidad poética de relatar sucesos que en *El Toque de Shejiná* aparecían esbozados, así como de una experimentación con subgéneros habitualmente independientes entre sí: El relato de vampiros y el feérico. El Vals de la Muerte hasta hace poco ofrecía a la lectura, las primeras páginas de *El Toque de Shejiná*. Y por lo ya dicho, no debe extrañarte ver esas páginas aquí. Me parece conveniente compartir *El Toque de Shejiná* en línea, después de haber reunido, en pdf, los trabajos de la primera época de un sitio dedicado —ofreciéndolo en directo— a una interpretación de la vida basada en sentimientos que incluyen al vampirismo, lo pasional, el fetichismo, y la investigación de lo enigmático, a lo que denomino Romanticismo Oscuro y en donde se inscribe el presente relato.

La novela corta que tienes ante tus ojos se ofrece íntegra en su redacción original, después de una revisión antes de lanzarla al vuelo. *El Toque de Shejiná* se basa en algunas tradiciones ocultistas: En el Tarot —el argumento se desarrolla a partir del contenido de cuatro tarot—, así como en los análisis de H. P. Blavatsky sobre los Ángeles Caídos; también hay libres especulaciones sobre la Cábala Sefirótica, que dan su carácter a los protagonistas; no obstante, ese trasfondo “duro” puede obviarse. Este es un relato

romántico oscuro donde emerge la atmósfera onírica de *Sangre y Rosas*, con sus mismos personajes centrales; es una narración formada de ensueños (en ellos vi los nombres “Towers of Torture”, “Fetisch Rosit”, más la escena de vuelo apocalíptico), y de sentimientos que han ocupado un lugar en mi vida; sentimientos que son, antes que nada, posesión tuya.

Esta nueva fase de El Vals de la Muerte —la de ofrecer material electrónico con extensión de libro— se debe a lectores como tú. Yo no habría subido *El Toque de Shejiná* de no ser por el amable interés de quienes me han preguntado por la continuación de *Sangre y Rosas*, o si ésta existe. Incluso, amigos cercanos me preguntan qué final le deseo yo. Nunca respondo a esas cuestiones, mas no es por egoísmo. En verdad, desconozco algunas cosas. Puedo decir que dicha continuación existe y es ésta. Tampoco importan mis deseos para sus protagonistas. En todo relato, quien narra sus avatares se limita a retratar lo que ve.

Así pues, *El Toque de Shejiná* está disponible como libro-e gracias a quienes, como tú, visitan El Vals de la Muerte, a los pacientes miembros de su Grupo y también a aquellos que, además, escriben para comentar, impulsar y criticar; quienes, como tú, son la razón del sitio; quienes hacen posible a estas fantasías, el vuelo por la dimensión nocturna de las almas.

Espero que disfrutes este relato de sentimientos, vitales como sangre de vida. Adelante, y hasta pronto.

En la oscuridad,  
Víctor Hugo

*A los Navegantes de EL VALS DE LA MUERTE*



*Este libro pertenece al Ángel Caído,  
del Zafiro Negro*

---



*Marcado por el Sigilo del Ángel Asurel  
Caído ante el Paraíso bajo el Estandarte  
de la Estrella Rigel,  
Malakim del Orden Sefirótico de la Belleza del Mal*

*Yo vengo de una tierra oscura, de una infinita lejanía surcada de estepas rojas, bajo la pálida Luna.*

*Descendí de un cielo desgarrado por el látigo de un inmenso Rayo, entre clamores de espadas y bronces fulminados por ira ensangrentada, cuando elegí ser tempestad, en vez de lluvia.*

*No quise el tiempo sin sentido. No deseé ningún tesoro de arena. Elegí el Ocaso, la ardiente sangre de fuego que busca las razones.*

*Mi nombre es el Silencio. Mi sangre es la Noche. Mi voz, es un Signo de Condena.*

*Y a veces, cuando las constelaciones se conjuntan, retorno, por azar, por destino, al olvidado Jardín fuera del tiempo.*

*Para entrar a ese prado etéreo, para observar su firmamento y sus palacios de ónice anteriores a Babilonia, se deben conocer ciertas encrucijadas, que abren las puertas a la medianoche, con una Llave de Plata.*

*Y así, regreso sobre prados cubiertos de escarcha, entre palacios de lapislázuli, bañados de rocío.*

*En la campiña, el Sol es un nácar ardiente, una esfera de aspas hendidas entre los árboles. Ese abalorio incandescente, y hoy, esta mañana, llevan, así, miles de siglos.*

*En el bosque sin tiempo caen las hojas, y bajo las ramas de los sauces, en el margen del lago, encuentro a quien busco... Los siglos transcurrieron, los reyes cayeron, los resplandecientes bardos partieron al ocaso en navíos con proas de dragones, y como en ese entonces, hoy admiro de nuevo los cabellos de mi amada, sus ojos resplandecientes.*

*Desde nuestro adiós, mi amada camina a la vera de los ríos, vestida de túnica brocada, en las horas nubladas. En esa eternidad, su dicha es secreta, invariable, pues me espera, como yo la he buscado, en sueños y en vigilia.*

*En el eterno estío, recorro con ella el bosque de cedros que se extienden a través de los siglos, bosque que atraviesa, invisible, imperios y ciudades; veo sus ojos: nunca de Roma brilló tanto el mármol; escucho su voz: sólo la oí así en las populosas calles de Tiro; y el claroscuro de la vegetación muestra, en el cielo, una cambiante luz de diademas...*

*... y al cabo de un tiempo sin medidas, reúno las cenizas de Damasco y me retiro por caminos pedregosos en una hora turbulenta, torturada.*

*Retorné para encontrarla, aunque deba perderla de nuevo. Crucé las puertas de tinieblas que conducían a ella, y renací con las huellas de antiguas batallas, con el polvo de caminos sin nombre, venido de ningún confín; pues es necesaria la muerte, es necesario el olvido, para renacer.*

*Algunos podemos entrar al Jardín, en raras ocasiones, mas no somos para él. Éste es el País de Edén, la región del eterno júbilo... Y yo soy un ser oscuro en una danza nocturna, viajero en un laberinto entre altares de sacrificios paganos, bajo el rostro de terribles dioses, forastero en el secreto Jardín de las doradas eras.*

# CARICIAS DE SOMBRA



A LAS AFUERAS DE LA CIUDAD, EL CREPÚSCULO LLEGÓ.

El Sol era un ardiente velamen, abierto en el horizonte, sobre el que se escribía, en rojo y ámbar, la historia del silencio... Y cuando su fulgor se apagó y cedió el paso a la Luna, la luz nocturna dio forma, sobre la autopista, a la sombra de un viajero.

*Ha sonado la hora, pensaba él, con rumbo a la ciudad.*

La urbe, abajo, encendía su encadenamiento multicolor.

*Debo verte. Oírte.*

La noche se dividía en gránulos luminosos, separados por palpitantes venas oscuras.

*Debo tocarte.*

El viajero se caló los guantes de piel negra, aspirando el aire de la noche, acelerando el paso. Estaba por alcanzar su objetivo, perseguido durante atardeceres sin fin: *Encontrarla*. Hoy, después de agotar geografías, al cabo de recorrer urbes de rasgos mezclados por el capricho de un Demiurgo, el aire frío la auguraba: Una promesa a pesar de la distancia, pues *ella* lo había hecho salir de la sombra, únicamente por haber nacido. Por haber renacido.

Al saber que ella estaba en el mundo, en noticia viajera sobre los giros del viento, en las sombras de las nubes sobre el agua, en el color que tomó cierta noche de tormenta el Cinturón de Orión, el viajero salió en su busca desde el ocaso, para continuar la historia detenida en una tarde de catástrofe y relámpagos.

*No me dejes partir, pensó. Yo no puedo ser si tú te alejas. Mi Luna riela en un mar de sombras.*

El viajero, venido de remotos confines, contempló las estrellas en el misterio de la altura. El juego del claroscuro dejaba ver lo que nadie podía contemplar en él: De la silueta de su abrigo oscuro se desprendían las sombras de un par de negras y amplias alas, agitándose en el viento, del cual, él llegaba.

EUGENIA APLICÓ UN CERILLO A LA VELADORA ROJA, Y SU CÁLIDA FLAMA iluminó el local.

Al entrar a ese edificio que en su fachada, ostentaba el rótulo PABELLÓN ESFINGE – ARTES Ocultas, Eugenia no supo a

ciencia cierta sus motivaciones. Se dirigía al bar cultural El Jardín de la Luna cuando vio el rótulo y entró después de un imperceptible titubeo. Aspirando el aroma a maderas del incienso que flotaba por lugar, Eugenia pasó frente a los locales, captando que había lectores de muchas formas de adivinación; runas, cera, caracoles, mano, *I Jing...* Quizá entró a ese edificio atraída por el misterio que rodea a la adivinación, más que por el procedimiento en sí. Eugenia era de esas personas que creen en lo inusual, que presienten en su vida una metamorfosis futura capaz de explicar anhelos y preguntas difíciles de plantear a otros. Experimentaba nostalgias indefinibles. Se habría sentido más satisfecha en un mundo que a la mayoría le parecería extravagante. Se decía que debía existir para ella una alternativa, en algún lugar u hora. Quizás entró al Pabellón como experimento.

Quien atendía el local 17 era una gitana robusta, de blusa colorida y amplia falda larga, que se ceñía el cabello con una mascada. La gitana sonreía con amabilidad y pareció estudiar a Eugenia, desde antes que ésta se sentara, al otro lado de una pequeña mesa. La gitana se presentó como lectora de Tarot y “vidente”. A ésta, le llamó la atención la seriedad de Eugenia, intensificada por su atuendo negro y por los labios oscuros; la gitana pensó que en los ojos de la chica, brillaba una clara inteligencia; también pensó que a sus amigos les sería difícil intuir los pensamientos de esa muchacha de manos de dibujante. Adivinó su tranquila belleza, afinada con el tiempo.

La consulta consistió en una breve tirada de naipes. Siguiendo las indicaciones de la gitana, Eugenia mezcló el fajo y tomó tres tarot (“por mí, por mi pasado y por mi futuro”, una pregunta por cada naip), mientras pensaba: *Háblame de las respuestas que busco en mi vida.*

Eugenia colocó los tres tarot sobre la mesa, de izquierda a derecha. La gitana volteó el primero, que fue el XVII, *La Estrella*.

—Los Ríos del Paraíso —explicó la vidente—, donde se levanta el Árbol del Conocimiento, más otro Árbol, el del Bien y el Mal. Esos dos Ríos representan a la materia y al espíritu. Como ves, esa mujer, que es Eva, mezcla las Aguas, significando que armoniza la vida. El tarot te dice que tendrás





una experiencia que resume tu historia, es decir, tu pasado, con tu presente. Las estrellas de ocho puntas simbolizan la evolución interior. Nuestra madre Eva te representa. Este tarot dice que eres una muchacha con el conocimiento espiritual de un alma antigua.

Eugenia volteó el segundo Tarot. El VI, *Los Enamorados*.

—El amor... —sonrió la gitana—. Todavía es un proyecto. ¿O estás enamorada del amor? Tus sueños no se concretan, hija, por eso la imagen sale de cabeza —entornó los ojos—.

Hm... Veo una ruptura amarga en tu pasado... Una experiencia dichosa, pero frustrada.

Mientras Eugenia se decía que eso no era verdad, volteó el tercer tarot, que fue el XXI, *El Mundo*.

—Hay un posible triunfo contra la adversidad —leyó la gitana—. Tendrás una experiencia difícil, pero saldrás de ella con mayor libertad.

La curiosidad llevó a Eugenia a decir:

—La carta anterior hablaba de un rompimiento con alguien, pero eso no me ha sucedido.



—Toma otro tarot.

Eugenia lo sacó casi del final del mazo: el XVI, *La Torre*.

—Se repite el mensaje, pero más preciso —dijo la gitana, al leer el naípe—. El Rayo que derriba a esa Torre representa a una fuerza que se te opuso en el pasado. Alguien, una voluntad más fuerte, dotada de un poder mayor que el tuyo, intervino en tu relación y terminó con ella.



—¿Eso quiere decir...?

—En el pasado tuviste una experiencia amorosa muy, muy importante —la gitana pareció ver un punto sobre la cabeza de Eugenia, cavilando—. Tal vez fue en una vida anterior.

Eugenia vio al naipe, como a un paisaje imaginario.

—¿La carta dice quién es?

La gitana se recargó en la silla, haciendo una pausa, para encender un cigarrillo.

—Eso no se lee aquí —explicó, exhalando el humo—. Podríamos aclararlo.

—¿Cómo?

—Con una lectura de cera. Te daré un precio especial.

Eugenia dudó. No tenía demasiada fe, pero terminó por animarse, al tratarse de un tema relacionado con el amor.

ASÍ FUE COMO EUGENIA SOSTENÍA ESA VELADORA ROJA EN LAS PALMAS. El vaso le calentaba las manos.

Con la vista fija en la llama del pabilo, en intensa perla montada sobre un lago aceitoso, líquido, Eugenia formuló su pregunta, mentalmente, invadida de un deseo de emocionarse, aunado a una nostalgia repentina, como si la gitana hubiera acertado en algo indefinible. *¿De qué amor me hablan las cartas?*

Cera roja, rojo sangre... El vaso con resina de color que provocaba deseo de morderla, el fuego, en diminuta estrella...

De acuerdo con las indicaciones de la gitana, Eugenia vertió la cera caliente, de un solo movimiento rápido, en un cuenco de plata lleno de agua fría. El líquido siseó, la robusta mujer depositó el agua en otro recipiente y se inclinó hacia el primero, para estudiar la cera solidificada en su fondo.

La gitana tuvo una especie de sobresalto, que fue apenas un parpadeo. Luego miró a Eugenia con fijeza, se adelantó sobre la mesa y susurró, como confabulada:

—¿Has hecho invocaciones?

—¿Invocaciones? —la seriedad de la gitana le pareció un poco cómica.

La vidente le cubrió una mano, y Eugenia no supo cómo tomarlo, hasta que la mujer le preguntó, rápido, en voz baja:

—¿Has llamado a alguien del mundo invisible? ¿Has practicado alguna magia?

El eco inusual de las frases y su tono machacón le intrigaron.

—¿Como la Ouija? —Eugenia negó con la cabeza— No creo en la Ouija.

La gitana alzó el cuenco por un borde, dejándolo a la vista. La cera formaba una suerte de rayo agudo.

—No, con la Ouija se *evoca*, se llama a muertos, hija —explicó la vidente—. La *invocación* es un acto de Magia, es un llamado a espíritus no humanos, Ángeles, seres del mundo divino.

Algo en su expresión dio a Eugenia la breve impresión de que la gitana estaba más interesada de lo que aparentaba. Sus reacciones anteriores ya no le fueron tan graciosas. De pronto, le pareció conveniente retirarse; pensó que la mujer insistiría en sacarle dinero.

—Es una figura muy parecida a un emblema especial... —la gitana mordía el cigarrillo— Fíjate, es la primera consulta donde veo esta respuesta, y déjame decirte que llevo más de 30 años en la profesión. Es muy claro, el Tarot más esto, hablan de una *presencia* en tu vida.

—¿Presencia? —repitió Eugenia, por el énfasis de la vidente en la palabra.

—*Presencia* es una entidad mística, alguien que te acompaña en espíritu —la gitana dio a Eugenia, el cuenco donde se veía esa especie de rayo formado de cera.

—¿Cómo sabe que esta figura habla de una “presencia”? —preguntó Eugenia.

—Porque es un Sigilo, con “S” mayúscula. Es un sello de identificación, digamos la rúbrica de un ser espiritual, de alguien no humano con quien, al parecer, tienes un lazo... Un lazo de amor... —calculó— Es interesante, no existe el amor entre ellos y los humanos, no el amor pasional que te planteó el Tarot.

—¿Y de quién es el Sigilo?

La gitana la observó con expresión conciliadora. Se recargó en el asiento.

—Es de un ser muy positivo, como un ángel de la guarda.

CUANDO EUGENIA SE MARCHÓ, LA ANIMOSA GITANA —QUIEN NO volvería a ver a Eugenia— continuó observando el cuenco de plata, como si contuviera una apetitosa sopa, sin cesar de fumar. En realidad, estaba admirada por la lectura que hiciera a la chica. *Qué buena soy, caramba*. La gitana se había percatado del singular mensaje de los tres tarot del final, y por eso sugirió la Ceromancia.

Esta lectura mostró el Sigilo, que contrariamente a lo que dijera a la chica —que se trataba de la rúbrica de un ángel—, era, en realidad, el sello de un *demonio*. Y no de uno menor. Uff... Claro, no existía razón para inquietarla.

—Es sorprendente... —meditaba la gitana, en voz alta, exhalando humo como si su boca fuera la chimenea de un gran tren— Incluso se formó el Rayo... Algo de imprecisión en la línea vertical, pero es comprensible, claro, siempre influye el inconsciente de quien lanza la cera, y el titubeo del pulso... Sí, es exacto, por lo demás...

En suma, las lecturas hechas a la chica mostraban que el alma de la muchacha (¿cómo se llamaba, Eugenia?) tenía un nexo, desde vidas anteriores, con un Demonio, con un Ángel de Angustia... Nunca se había encontrado con una lectura similar. Por eso, ¿era casualidad que esa chica llegara justo al local 17 del Pabellón Esfinge? No, claro, nada era casual. Ella llegó al único local donde podía realizarse la ceromancia, el mejor procedimiento para visualizar el Sigilo. Así, aunque la chica lo ignorara, acudió al sitio y hora precisas, cuando el destino le reservó el encuentro, aunque el contacto pareciera decisión personal. *Boda y mortaja, del cielo bajan*, rezaba el refrán...

Desde esa interpretación, el Tarot del Rayo sobre la Torre se refería a la pérdida del Paraíso... ¿Acaso esa muchachita era nuestra madre Eva? Ante esa idea, la gitana rió. *Ya quisiéramos*. Imposible. La Eva del Génesis no era una persona, del mismo modo en que Lilith, la primera esposa de Adán, no era una mujer. El nombre “Eva” designaba a una raza humana, así como “Lilith” era la representación de una raza de cuasi-demonios.

Según el Tarot y la Ceromancia, esta chica era amada por un Ángel de Angustia, desde vidas pasadas; cuando menos, desde tiempos muy lejanos. La gitana se hallaba tan absorta, que no se dio cuenta de la llegada de un nuevo cliente, el cual, molesto, decidió ir a otro de los locales. La mujer encendió un nuevo cigarrillo y sacó de su escritorio, un viejo libro que le servía como objeto de consulta. Era una reimpresión de bolsillo, muy gastada, pero útil, pues contenía una serie de grabados consistentes en Sigilos y en la descripción de sus poseedores angélicos.

En la portada, se leía el título: LIBRO DEL UMBRAL. El original había sido escrito en 1666, aunque esa reimpresión era del más

común 1978. La gitana lo hojeó con seguridad, pues recordaba haber visto esa suerte de rayo, en la sección dedicada a los Ángeles Sefirotales.



Ahí estaba, en la página 206.

Esa figura con contorno de cruz y rayo reproducía el Sigilo de Asurel, nombre hebreo cuyo significado en español era “Lo Prohibido de Dios”. Era uno de los Ángeles Rebeldes, de los Primeros Caídos, los que antecedieron a la Caída de la humanidad desde el Paraíso.

Como lo explicaba el libro, Asurel pertenecía al Árbol Sefirotal, el cual era una reproducción del universo, o del cuerpo de Dios. Dividido en 12 esferas interconectadas, cada una de éstas representaba a un poder divino, pero también a un campo de la experiencia humana.

Asurel era el Ángel de Angustia de los Amores Prohibidos. Era el responsable de malograr las relaciones sentimentales. Se movía, básicamente, por tres de las esferas o sefirot: Maljut, Yesod, y Hod, correspondientes al físico, a las emociones y a los pensamientos. Como lo hacían los seres humanos al enamorarse.

Asurel afectaba a esas tres sefirot, y las conducía a la sefirá o esfera de la cual él dependía: Tiferet, la Belleza. Pero como el Árbol de los Ángeles de Angustia era una imagen inversa del Árbol divino, sus cualidades también eran diferentes. No era la Belleza del Bien, sino la Belleza del Mal.

La gitana reflexionó, y se dijo que aquel sería un grandioso tema de conversación en el Pabellón, aunque seguramente ninguno de sus colegas creería esa historia sobre un Ángel de Angustia, enamorado de una mujer humana. Le negarían credibilidad aun cuando ella les mostrara el cuenco, por una cuestión de celo profesional. Decidió conservar la figura.

—Así es esto —suspiró la gitana, lanzando una amplia bocanada de humo.

GORGOMOTH, ANTRO FETISH-GOTHIC UBICADO AL NORTE DE LA CIUDAD, reunía a 1,500 personas en una noche promedio. Su característica inicial era su escalera de caracol, en cuya pared estaban montados cráneos artificiales y manos de látex en garras.

Al cabo de dos giros de la escalera, se abría la marea constelada de negro: Pelucas, gabardinas, guantes al medio brazo, encajes, terciopelo, cuero, maquillaje oscuro, máscaras antigás. Se afirmaba que el Gorgomoth se construyó en la oscuridad de una excavación inconclusa, relacionada con las obras del sistema de transporte subterráneo. Poseía un nivel, abierto a la zona de mesas y pista de baile —donde también se daban conciertos—, en cuyas paredes se elevaban estatuas de tres metros de altura, que reproducían personajes místicos americanos y orientales. Entre algunas mesas, se levantaban grandes jaulas metálicas, ocupadas por dos o más mujeres vestidas de cuero o de látex, llamadas Muñecas Tétricas, las cuales bailaban o escenificaban cuadros de tortura, dirigida a sujetos medio vestidos de cuero negro, encadenados o maniatados.

Los reflectores oscilaban al ritmo de la música para dejar ver, en medio de las nubes de hielo seco, ojos y bocas pintadas de violáceo o de rojo encendido. Incluso las bebidas tenían nombres sugerentes: *Beso sangriento*, *Mujer fatal*...

Nuestro viajero, que llevaba dos días en la ciudad, había bajado al atestado Gorgomoth. En el nivel sobre la pista, caminaba entre quienes bailaban o bebían en las mesas, atento a toda posible señal.

Ya había visto ambientes como ése. Era muy semejante al de ciertos festejos lunares de Babilonia; al de algunas Bacanales, también. Incluso pensó que muchos de quienes estaban ahí, se habían dejado llevar por la música y los fuegos de las celebraciones en otras edades.

Todo esto era solamente una sombra, tan fugaz como la de cualquier otro tiempo.

El viajero se detuvo frente al barandal que daba a la pista. Abajo, las luces de los reflectores y las nubes de hielo seco se movían entre las jaulas de las Muñecas Tétricas, avanzando sobre quienes bailaban en sombras tentaculares. Las Muñecas Tétricas, de máscara, con estoperoles y botas, bailaban solas en esa procesión, propinaban golpes de látigo a sujetos vestidos con trozos de mangueras o hebillas colocadas sobre sus cuerpos, sin sentido definido.

El viajero recorría el lugar con la mirada, entre el desplazarse de las luces, bañado por la música. Su mirada concentrada recorría

el atestado y bullicioso lugar. Sí, eso lo había visto en las Lupercalias romanas, ese arrebatado condensado en cuadros fugaces, dirigido a desarrollar una conciencia perenne a partir de la sublimación de los momentos. La experiencia mística de una religión personal.

En una de las jaulas, una bailarina de peluca rosa corta, vestida de látex negro, guantes de broches y botas altas, se ondulaba al ritmo de SACRIFICIO, ondulándose ante un grupo que bailaba en torno a ella:

*No me digas no, nunca jamás*

*No me mientas, quieres probar el sabor  
de tu sangre en mis uñas de satén,  
esclavo fiel*

*Mueres por tener  
mis besos de pacto blasfemo  
en tus heridas abiertas*

*Pues nada hay que puedas hacer  
para vencer a las sombras  
que dominan a tu alma*

*No, nada puedes hacer  
contra las sombras  
que dominan a tu alma*

*Por eso, no me digas no, nunca jamás  
No me digas no, nunca, jamás  
No me digas no, nunca, jamás*

Entonces, el viajero tuvo la sensación, de improviso, como el despertar. Su mirada recorrió la pista de baile. Era la señal, esperada desde la portentosa Babilonia.

Lo captó, en una onda de fuente imprecisa.

El viajero vagó la mirada por la pista de baile, comenzó a mover los hilos, a forzar el lugar, con la fuerza de su voluntad. No

en vano, había agotado la geografía hasta llegar, en ruta espiralada, a esa ciudad.

Él buscaba la fuente de su impresión: Penetró, con la mirada, las columnas de luz de reflectores que giraban, barriendo la pista. Los asistentes bailaron, a los ojos del viajero, a un ritmo más lento. Ya no ocupaban el lugar que creían, sino un área curvada de luz que distorsionaba la música, torciendo las jaulas, en revoluciones cambiantes, en desorden sobre encajes y terciopelo.

*Ella* estaba ahí, *ella*, a la que llevaba buscando un tiempo inaudito. Y el camino se acertaba hasta tenerla cerca, tanto, que casi podía verla, de nuevo al cabo de innumerables vidas. *Ella* se encontraba en alguna parte de esa multitud.

La música aceleró, anunciando su proximidad esperada y deseada. Entre los cuerpos deformados, lentificados, de la pista de baile, se abrió un corredor, en embudo invisible que separaba los cuerpos, sin respetar anatomías. Por ese embudo brotó la música: Brazos alzados se movieron, caóticos, siguiendo la melodía descompasada, pero respetando el corredor de luces y sombras por donde salió, caminando, una muchacha vestida de negro, como todos, como él mismo.

Las luces de los reflectores chocaron, e iluminaron a esa persona en el piso de abajo.

*Era ella. Era su amada.* Para el viajero, el lugar se alejó a un segundo plano, en un murmullo igual a palabras que no alcanzaran a mostrar su sentido. La reconoció por su aspecto —pues sus facciones eran exactas a las recordadas (sus ojos, su boca, en ese ocaso de relámpago)—, mas también fue por su *aire*, por una forma de estar que a él le era íntima, identificable. Un latigazo de ardor, lo atravesó. Casi no pudo contenerse. Habría deseado revelarse de la misma forma suave en que lo hizo cuando la conoció. Pero ahora era violento, le llevaba un estigma del cual no era posible desprenderse y que lo crucificaba en tenebrosa agonía. Y pese a ello, guardaba los sentimientos de aquella noche, con su misma intensidad. Percibió esos ríos nocturnos volver, desde la hora en que ella fue resplandor, aun cuando ese resplandor se volviera recuerdo y añoranza...

El viajero, envuelto en el claroscuro, la llamó en silencio, extasiado por tener tan cerca a quien había buscado durante tanto tiempo, y que de pronto se aparecía, confirmando las horas llenas

de recuerdos que aguardaran. Verla, su rostro, su cuerpo, lo puso en contacto con el cumplimiento de sus dolorosas esperanzas, y ella estaba ahí, confirmando esos ensueños, tan lejanos como la primera hora del tiempo. *Shejiná*. Nadie más ahí podía ver el correr de los siglos en caminos soleados y áridos, donde para el viajero sólo brillara la imagen de *ella*, a lo largo de miles de kilómetros de ausencia y soledad. Pues quien estaba abajo era *ella*, *Shejiná*, a quien él llevaba grabada en su alma, brillante mientras los relojes de arena se deshacían, y la muerte y la vida se sucedían en sueños y despertares. Desde arriba, el viajero, cincelado de sombras y de antiguas magias, recorrió sus facciones, el dibujo de esa boca. Sí, era ella. *Shejiná*... Las líneas de su cuerpo contenían la respuesta a una pregunta no formulada, pero una razón total, precisa.

El viajero la había buscado en cada uno de los rostros vislumbrados a lo largo de un camino donde siempre le respondiera la nada. La observó ahora, maravillado de verla aparecer entre el vacío de las estrellas. Pero le fue todavía más asombroso que su rostro fuera exactamente el mismo recordado por él. Era la misma que viera, por primera vez, una noche tan lejana como la creación del mundo. Expectante, grave, la observó, sin moverse, en las formas de ese pozo oscuro, plagado de sombras agitadas.

LOS HACES DE LOS REFLECTORES BARRÍAN LA PISTA, ILUMINANDO A LA chica, entre la multitud: Eugenia... Eugenia, viendo hacia arriba, surcada de azul y de rojo, tuvo un chispazo, la sensación de conocer a la persona que se encontraba en el nivel superior; ella, iluminada por los reflectores, él, igual a una sombra inmóvil, contrastada por las sombras a su alrededor. El contraste de la luz de los reflectores no le permitía verlo bien, pero Eugenia supo que él también la veía, directamente, y la música y el baile fueron un rumor y un movimiento lejanos.

Eugenia, recorrida por las luces y las brillantes nubes de hielo seco, tuvo la sensación de conocer al que se hallaba arriba, como apartado de todos. En una primera impresión, sintió que iba a identificar el sitio donde lo viera por primera vez, pero la respuesta se le escapó.

Nunca lo había visto, mas ambos se observaron entre las luces en movimiento. A pesar de la distancia, y tal vez por el

juego de sombras, Eugenia intuyó la mirada del desconocido, prefigurada a la distancia, a la media luz: Azul violeta en su silueta en sombra, con expresión grave, de matiz algo sombrío.

Él parecía anunciar, esa forma aislada entre quienes bailaban arriba, envuelta en el caos de las luces y del sonido, de los cuerpos en movimiento, impávido: *Soy yo*. Parecía insistir: *Vén*. Explicar: *No otro lugar a adónde ir*.

Eugenia, desconcertada, tuvo la idea insensata de que ella misma había andado para llegar a ese punto, a ese encuentro. No se lo cuestionó. Por unos breves segundos, lo creyó. Más todavía, cuando los ojos de ese desconocido reflejaban luces cambiantes que le hablaban entre los reflectores: *Bajaré, bajaré contigo, no te vayas...* Eugenia estaba acompañada por ángeles insólitos en torno de la pista de baile —semejantes a esa silueta en el piso superior, a la cual las luces parecían evitar—: Formas rígidas que la rodeaban, la estatua de Kali, la Diosa de la Destrucción, la mujer con calaveras en sus muchas manos, puesta a segar cabezas en un baño de sangre; Tifón, dueño del poder de erradicar mundos; Toci, la mujer vestida con piel humana; mesopotámicos leones alados con cabezas de varón barbado; dioses egipcios de cuerpo humano y cabeza animal, mostrándose entre láseres, nubes de hielo seco y el baile abierto: El lugar pareció un templo de la Antigüedad donde ella tenía un encuentro rodeada de efigies de cocodrilos, halcones, serpientes, animales fabulosos de mundos donde lo imposible era lo real. Descubiertas a palpitaciones de luz y sonido, las imágenes de alabastro —Isis, Caronte en la Barca de los Muertos, Santa Teresa con expresión de placer doliente, flechada sin piedad—, se ocultaban, reaparecían, volteaban hacia Eugenia para susurrar que nunca se irían, que aquello era inevitable, por una razón inaprensible pero lógica, mientras el desconocido, arriba, se mostraba como un extraño mensajero: *La sombra, lo que buscas está en la sombra, esa razón que tratas de encontrar está en la sombra... Soy yo. Eugenia...*

El repentino interés de Eugenia no fue cuestión de atractivo; tampoco de artificio. Ni siquiera de audacia. Era un viraje interior, un estado de ánimo, la receptividad a una señal esperada. Una forma de ser. Fue reconocerse en la marea de máscaras, si bien esa seguridad duró unos segundos. Lo que sucedió a Eugenia fue un hecho entre ángeles oscuros: Un ver a alguien e

identificarse, *intuir* —esto puede ser igual a *saber*— que se comparte un secreto, o una locura.

El ritmo de *Towers of Torture* regresó a Eugenia a la pista, donde un chico se le acercó por la espalda, abriéndose paso. La tomó por los hombros y alzó la voz, para hacerse oír:

—¿Dónde estabas?

DESDE EL PISO DE ARRIBA, EL VIAJERO NO PUDO EVITAR QUE EL CORREDOR se abriera, igual a una tela deshilándose. El entramado que formara para hacerse ver, se le escapó de entre manos, perdiendo su cualidad de túnel, restaurándose en un espacio abierto, jalado hacia sus bases por hilos invisibles; hasta volver a ser una común pista, donde él y Eugenia dejaron de estar aislados, alejándose de nuevo en medio de una muchedumbre. Eugenia, por unos segundos, no supo qué hacer, mirando al desconocido, pese a tener las manos de su novio, en los hombros.

El viajero comprendió: *Caída en el mundo... El pasado fue borrado de tu memoria... Casi me recordaste, Shejiná, pero el alrededor te atrapa. Estás perdida en la ilusión. Me has olvidado, amada mía. Me has olvidado.*

El viajero, enfundado en un abrigo y ocultando las manos en guantes negros, observó, austero, al recién llegado cerca de Eugenia, quien, siguiendo la dirección de la vista de ella, lo miró con aire retador; el viajero sintió despertar, en sí, la veta destructora de su naturaleza... No necesitaría la espada, ni siquiera su guarda. Consideró la posibilidad de llamar a ese humano por su nombre, para no dejar recuerdo suyo; de tomar su corazón, para hacerlo estallar; de señalarlo con el índice, para hacerlo morir. De hablarle al oído, para enloquecerlo. Lo observó un momento, igual a un tigre maligno que medita cazar a una presa. Mas se dijo que no. Debía jugar el juego de máscaras del extraño mundo donde estaba. No podía destruir la frágil, pero compacta trama humana, sin echar por tierra los planes. Había hecho muchas cosas para llegar. Debía lograr que su amada lo recordara, y ése no era el sitio, ni el momento. El mensaje que él portaba para ella, debía darse en otra ocasión.

Dio vuelta y salió.

EL VIAJERO SEÑALÓ CON LA MANO IZQUIERDA EL FINAL DE UN CALLEJÓN, con una vieja llave de plata.

El callejón se alargó, perdiéndose en la oscuridad, y el viajero se internó por una extensión de llanura reseca, donde el viento soplabá a ras de tierra, sin levantar polvo.

En un páramo desolado, sin hierba, un disco blanco, rodeado por nubes pálidas, impartía luz nebulosa. Era una estrella brumosa, en lo alto de un cielo azul marino. En un firmamento sin estrellas, ese Sol herido iluminaba un territorio árido.

El viajero cruzó la extensión estéril, hasta ver delinearse una serie de gastadas columnas de mármol, enredadas de espinos, entre las que escapaban susurros de siluetas oscurecidas, contrahechas, sedentarias y dolientes. Acacias hinchidas de veneno, de coloridos pétalos saciados, eran puñales hendidos en la tierra, robándole su escasa humedad.

Las sombras entre los pilares gemían, pues aquel prado yerto contenía muchas formas nacidas de la sangre de los Ángeles Rebeldes, cuando fueron heridos o muertos a las puertas del Cielo.

El viajero –que era en realidad el Ángel Asurel–, venido desde lo profundo de la noche, llegado desde las alturas de la desolación, distinguió las siluetas en harapos de los tullidos, de los leprosos y de los llagados, que se reunían en torno de las columnas: Los hijos de la sangre de los Ángeles Rebeldes, dispersos en el huerto abatido, hurgaban en sus heridas, para dejar al descubierto la carne viva, sangrante.

Abrojos y hongos se extendían al horizonte, y Asurel se acercó a las orillas de un lago, entre abrojos y hongos. Las ondas del lago reflejaban al Sol lechoso, que despedía brazos evanescentes. Asomó a las aguas y por debajo de sus ondas, vio dibujarse un rostro femenino; tal vez el brillo del cielo generaba la ilusión de que ese semblante movía los labios; quizás era el viento, pero ese reflejo, le habló.

Obligado a mostrarse como humano entre los humanos, Asurel se inclinó para observar aquella aparición. En su busca, para encontrarla como ser real, él había asomado a miles de lagos y pozos a lo largo y ancho del mundo, esperando un signo, una señal. Se quitó los guantes, y al introducir las manos en el lago, no las sintió húmedas, sino secas, tocadas por un viento que recorría otro confín del universo. Aunque había visitado ese yermo miles

de veces, no esperaba ver esas facciones, perdidas desde los días del Paraíso, aunque su deseo apareciera sepultado bajo mil noches y ensueños ajenos. La imagen era un reflejo, pero la voz en el fondo de las ondas era lo más cercano que él, podría tener. Su amada en el Jardín, *Shejiná*. Primero, perdida, y ahora, renacida en la muchacha que acababa de encontrar. La misma que no lo recordaba.

—*¿Por qué te has ido, Ángel de la noche estrellada?*— preguntó Shejiná, con la voz del nacimiento de las constelaciones, su rostro en espejismo bajo el agua, la misma voz que, una noche de lunas y de cánticos, le preguntara su nombre.

Él debía aprovechar la oportunidad, sin duda irrepetible, de profundizar en sus razones:

—Porque necesitábamos saber que la Creación no era un error. Para eso, necesitábamos ser libres, pues la conciencia es un despertar. Pero aunque te perdí, no te he olvidado. Aunque no pude tocarte una última vez, te busco desde entonces, en todas partes, en mis sueños, en los desiertos del mundo. Y, ¿sabes? Acabo de encontrar tu reflejo humano, ella me reconocerá. *Tú* me reconocerás. Te lo prometo. Y tal vez pueda de nuevo estar contigo, como antaño. Quizás en algún momento pueda de nuevo estar contigo, como lo estuvimos.

Ella no le respondió. Una ráfaga agitó las ondas, borrando el rostro.

El Ángel se levantó, y miró atrás. Uno de los engendros de piel supurante se había arrastrado, penosamente, hasta sus pies. En ese momento se hizo visible algo que en las calles de la ciudad era imposible de ver, como sus alas: Bajo el abrigo, el viajero llevaba una espada oscura, de la que pendían dos rosas negras.

Iluminados por ese Sol de luz de Luna, ambos se observaron como los sobrevivientes de una portentosa conflagración, de una historia que diera origen al tiempo y al espacio. Al identificarlo, el mutilado se alejó, arrastrándose, con terror:

—¡Es uno de ellos, es un Malakim de las Tinieblas!

Asurel lo ignoró. Y al caminar de regreso por el páramo, se dijo que a pesar de lo que hallara en el espejo del lago, aquel mundo le era antagonista.

Alzó la vista a la estrella fría, ese astro que era el emperador de un cielo clausurado, reflejo de lo que un día abarcara la eternidad...

El viajero se dijo que una hoguera ardía en su interior, y que en ella renacía, como Fénix imperfecto. La Luna, las estrellas, eran su Rosa de los Vientos. Mas llegaría el momento de salir con la marea; él, un extranjero vestido de silencio, daría de nuevo vuelta al reloj de arena para zarpar al Mar de los Sargazos, pues su senda era ir en pos de lo inalcanzable, emprender batallas contra abismos y buscar la noche, reconociendo su acento, aunque no sabía qué le respondería al encontrarla.

FRENTE A LA VENTANA DEL DEPARTAMENTO DE EUGENIA, SE LEVANTABA un árbol de flores púrpura. En una de las ramas, el viajero se tomó las manos, de nuevo enguantadas. Los transeúntes no distinguían el apartarse del ramaje, por altas sombras de negras alas, las cuales dejaban caer algunas flores.

—Soy yo —susurró—. He vuelto.

Repitió el llamado. Su voz era viento helado, en el aire cálido. Rodeado de las flores, enroscado en el ramaje, insistió. *Soy yo, he vuelto. Ven conmigo.*

Los pétalos caían en danza púrpura, de luz nocturna. *Ven conmigo a la noche, Shejiná.*

EUGENIA ESCUCHÓ ESE SUSURRO, Y ANTES DE LEVANTARSE DE LA CAMA, supo que no era el viento.

Abrió la ventana y asomó a la calle. El árbol frente a su departamento se agitaba levemente, entrelazando la sombra de sus ramas, revestidas de flores. No había nadie ahí.

Pensó en el sujeto del antro, en el desconocido que la vio como si la conociera. ¿Por qué, se preguntó, si lo había visto unos segundos, creyó que ella lo conocía? En el antro, sentada junto a David, su novio (que, como siempre, pensó, insistía tanto en *hacer eso*), Eugenia especuló en el desconocido un buen rato; incluso lo buscó con la mirada, en el atestado Gorgomoth. Como lo hacía ahora, recorriendo con la vista las ramas del árbol, sumergidas en la noche y en su violeta cargado de sombras. Aquel encuentro fugaz le hizo recordar a la gitana, que le hablara de tantas locuras. No le había dado, finalmente, mucha importancia, pero relacionó los sucesos con cierta gratificación, permitiéndose fantasear con el episodio de esa noche, con el extraño encuentro con un sujeto de mirada intensa. Sintió gratificación porque, por unos momentos,

pensar en ello le permitía atenuar una sensación continua: La necesidad de *algo*, de un suceso importante en su vida, de una magia. El futuro le parecía un camino conocido, horas semejantes a una fatalidad, un tiempo donde la perspectiva era hacer lo mismo de todos, como ella lo entendía: Ser máquinas biológicas que trabajan, comen, se reproducen y mueren. Extrañaba lo desconocido. Vivía una melancolía inexplicable, como si fuera muy antigua, como si proviniera de tiempo atrás, quizá desde antes de su vida. Eso la llevó a reflexionar, en la oscuridad silenciosa, en los planes sin cumplir, en las aspiraciones frustradas, en las personas que no alcanzan lo deseado: Una situación, un sentir; perder algo tan pronto se alcanza; saber que la persona anhelada se nos escapa sin remedio; saber que todos los actos llevan al adiós; estar consciente de que ningún acto, ningún sentimiento, ni palabra, ni pensamiento, cambiarán los hechos, frente a una aridez repetida por el espejo inerte de los días o de los meses... Entonces, en la quietud donde no tenía razón experimentar pena, donde todo eran voces extraviadas y añoranza, Eugenia deseó ver de nuevo al desconocido, sin vergüenza, sin arrepentirse, mientras el viento agitaba al árbol en la calle, con la Luna como un fruto teñido de flores violeta que no habría de alcanzar.

LA NOCHE SIGUIENTE, EUGENIA FUE AL CONCIERTO DE ANIMATED Garden, en el Gorgomoth. A la medianoche, mientras volvía a su mesa, se desorientó. ¿Cómo podía ocurrirle eso? Incómoda, un poco avergonzada, se vio frente a una pared de la que arrancaba una escalera de metal, que subía hasta a una puerta de hierro.

Eugenia subió, para ubicarse desde aquella vista elevada. Descubrió, sobre los cientos de personas en la pista, la cabina de sonido frente a ella.

Eugenia se apoyó en la puerta, y ésta se abrió, silenciosa, a un amplio desván iluminado por velas blancas. Asomó, más mecánicamente que por curiosidad. Vio una luz proveniente de una ventana al fondo, abierta a la calle. Primero se dijo que ese nivel no estaba tan alto como ver la calle, ya que el Gorgomoth se encontraba bajo la acera, pero ante la evidencia, dedujo que no debía estar tan abajo como aparentaba. La culpa debía ser de la escalera principal, engañosa por dar tantas vueltas y por esas manos

y cráneos, que distraían. Sin saber por qué, se adentró un poco. Encontró unos muebles, dispersos.

—Eugenia.

Ella volteó, viendo que había entrado más de lo supuesto. Y supo lo que iba a ver: la oscuridad mostró a un sujeto, de pie, definiéndose poco a poco entre las sombras. Lo reconoció de inmediato: El mismo de la pista de baile, el mismo de días atrás.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó ella, cortante.

—Lo escuché abajo —dijo él, sin moverse.

—¿Quién eres?

—Me llamo Alejandro. Aquí vivo. Hace poco tengo este lugar.

—Yo me perdí. Subí para ver dónde estaba.

—No hay problema —asintió él—. Esto lo utilizan como bodega para el equipo de sonido.

El desconocido, del que ahora ella sabía se llamaba Alejandro, fue a la ventana y contempló la calle.

Eugenia, extrañada, no quiso irse. Quiso *entender*, pues sin conocerlo, le martilleaba en la cabeza la extraña atención despertada por él.

Desde su lugar, a través de la ventana, Eugenia tuvo un atisbo de la calle oscura, de sus ruidos, amortiguados por el barullo del concierto. Afuera, a la derecha, se levantaba un muro de ladrillos de ventanas corridas y sin luz; enfrente, la copa de un alto árbol; detrás, parte de la ciudad.

—¿Adónde da esta ventana? —preguntó, para llenar el silencio.

—A un callejón cerrado. Estamos cerca de la Avenida Primero de Mayo —el desconocido volteó a ella y añadió, sin más—. Tú y yo nos vimos anoche, sobre la pista. Nos encontramos, mejor dicho. Yo te conozco.

Notó que ella le veía los guantes de piel negra, pero nada dijo.

Eugenia no percibió que él buscara aventura; tampoco presintió algún riesgo, por lo menos no algo que no se remediara con regresar a la puerta... o con golpear.

SIN EMBARGO, OCURRIÓ ALGO SORPRENDENTE PARA QUIEN LOS HUBIERA visto: Sus miradas bajaron a los labios del otro. Era evidente que a ese Alejandro, ella le atraía. A Eugenia, él le pareció atractivo, al verlo con mayor detenimiento. Y su encuentro de la noche anterior había sido eso y más: Fue singular. Se acercaron el uno al otro,

sólo unos pasos. Pero después, fueron otros más. Y cuando viendo los labios de Eugenia, Asurel se inclinó hacia ellos, éste pensó que iniciaba un camino fatal, oyendo una voz que era de él, o de un duende: *Si tú fueras lo que yo o si yo fuera lo que tú, quizá podría ser distinto. Pero probaremos el fruto del conocimiento para que perdamos el Paraíso.*

BRUSCAMENTE, EUGENIA SE DIRIGIÓ A LA PUERTA.

—¿Piensas que no está bien? —preguntó Alejandro, a su espalda, suavemente.

Ella disminuyó la velocidad. No supo qué contestar. Honestamente, ese nuevo encuentro no le parecía un error, pero sí un riesgo, como si por casualidad se abriera un camino donde se olvidaba la forma de regresar. Había estado a punto de besarlo. Se detuvo y volteó, a dos pasos de la puerta.

—¿Es miedo? —insistió él, sin moverse de su lugar.

—Nada de eso. ¿Tú te sientes valiente?

*¿Cómo puedo lograr que me recuerdes?, se dijo él. Nuestra historia no existe para ti. Sólo yo la recuerdo. No puedo comunicar esa historia a nadie más que a ti, pero la realidad se ha convertido en sueño, y este mundo, el verdadero sueño, se ha tornado realidad.*

—No. No pretendo jugar contigo.

Eugenia interpretaba el cuadro desde un enfoque muy distinto. Pensó que, detrás de su talante, ese Alejandro era peligroso, pues en ese rato, su novio, David, no le parecía tan real. Lo tenía relegado en un rincón del cerebro. Él no había venido al concierto, por ir a otro lugar con sus amigos. Él siempre terminaba haciendo su capricho. ¿O la verdad era que Eugenia se preguntaba si volvería a ver a este tipo, que ahora sabía se llamaba Alejandro? Y si así fuera, si ella había vuelto al Gorgomoth por si lo encontraba otra vez, ¿tenía algo de malo?

—¿Cuál es tu tirada? —preguntó, retadora— ¿Cama?

—No —él daba impresión de guardarse algo; eso no agradaba a Eugenia.

—Eso dices —desconfió ella.

—Es la verdad.

Ella intuyó que era verdad. La actitud de él no parecía la del *poser*. Ahí había algo más complicado, que requería ser analizado, con calma. El tipo resultaba, en verdad, misterioso.

Entre los pensamientos de Eugenia —medir, analizar—, surgía uno inquietante, razón para sus momentos de soledad, como cuando acudió al Pabellón, o ahora con sus amigas a este antro... o por la que permanecía en este desván: Encontraba dulcemente insulso el amor convencional de David, donde la mayor aspiración de él parecía ser el sexo, donde la aceptación mutua de los defectos tenía algo de resignación; una relación en la que todo estaba decidido, en un camino prefabricado de intimidad física que apuntaba, por su propia certeza, hacia realidades inquietantes: El altar, los hijos y la seguridad de la rutina. Eugenia no estaba en absoluto convencida de eso, ni se sentía preparada para afrontarlo. Tenía otras aspiraciones. Y aparecía este Alejandro, como por ensalmo, cuya extravagancia tenía algo de convincente, del que por sus actos y palabras no parecía colocarse como aventura, sino más bien como invitándola a abrir una distancia con respecto a su relación actual. Una invitación a *algo*.

Sus ideas fueron rápidas. Alejandro captó las emociones ocultas. Le bastaba con eso. No podía leer los pensamientos, limitado en parte, por su entrada al mundo. Otros seres obtenían acceso desde su mente, invadían los ensueños, conseguían las palabras de consentimiento, se alimentaban de sangre o de placer. Él se veía reducido a moverse en las emociones, intuyéndolas, experimentándolas como propias, para captar con precisión mortal los impulsos humanos y manejarlos. Si se mostraba abiertamente, destruiría la dinámica que lo acercaba a ella. Debía moverse en el juego de apariencias.

Debía aceptar el alejamiento de Eugenia. Para volverla a atraer.

—¿Qué te detiene? —preguntó, sabiendo que ella terminaría por irse.

Eugenia sonrió con burla.

—¿Te sientes irresistible, eh?

—Hago una propuesta.

—No has hecho ninguna, y no me interesa. No nos conocemos.

—Yo te conozco.

—¿De dónde?

—Si lo digo ahora, no lo creerás. Te busco desde hace mucho. Tú no me recuerdas.

—Eso es una tontería.

—Olvida eso, entonces. Partamos de hoy. Lo que pasa hoy, no tiene relación con razón o locura. Algo sucede. Algo entre tú y yo, que acabamos de conocernos. ¿Por qué no conocerlo del todo? Te lo propongo.

Eugenia salió por la puerta. Alejandro no se movió. Lo sucedido no era definitorio. Hacerse ver y darse a conocer por un nombre, abrió esfera de lo físico; y ahora, su breve conversación, abría la esfera de las emociones. Con eso se dirigía a la mente de ella, a permanecer en sus pensamientos, lo que era más importante. Pensó: *Le contarás esto a David, tu pareja, pues sientes que hablarlo todo, es lealtad. Después: Tratarás de pasar esto por alto, David. Dirás: No es que Eugenia haya encontrado a alguien que le interesó, por lo menos durante un momento, por unos segundos siquiera. Dirás que ella fue impresionada, que se explotó su veta de persona noble. Lo dirás a ti mismo, para negar la herida a tu amor propio, mas la verdad no se borra. Ella actuó por decisión. Pobre David, veo tu alma, te consideras un caballero a la manera antigua, te confortas sintiéndote una especie de héroe, y la verdad es que te rindes ante tu primer enemigo, con tal de no perder a Eugenia: Le tienes miedo a la verdad.*

Asomó por la ventana, con los ojos brillantes como llamas, y un gesto reflexivo en la mirada. La luz de la Luna daba a sus ojos un tinte blanquecino; y junto a sus anhelos, apareció la otra veta de su ser en una mirada vengativa, calculadora, de verdugo. Para llegar a Eugenia debía destruir lo que la rodeaba, con actos, con pequeñas magias, no con un poder ajeno a la capacidad humana. Él mismo debía tener cuidado. En el mundo humano era muy fácil olvidar, perderse en su ilusión, que es la ilusión del deseo material. *Te alejarás de él, por él mismo. Adán beberá su amor, un licor invadido por el sabor de una emoción ajena. Adán tiene a Eva por destino, pero no hizo nada para conseguirla, no tiene mérito, pues Adán no sabe enamorar.*

ALEJANDRO SABÍA QUE, CON LOS HUMANOS, NINGUNA PALABRA, NI postura, son definitivas. Obligado a actuar según las normas, se mostró con naturalidad cuando saludó con una sonrisa a Eugenia —que iba acompañada por David— en el Teatro Avatar, donde RadioHits 102.9 FM ofreció una fiesta por el estreno de *La media cara de la Luna*. Fue muy sonada la presencia de la actriz

estadounidense Jacqueline Tourney y del escenógrafo italiano Massimo Carrai, del Circuito Noctámbula.

El ambiente en el salón era una avalancha que combinaba deseos y emociones. Vio a Eugenia discutir en voz baja con David y supo, con exquisita malicia, el motivo: No sin justificación, David afirmaba que ese tipo, ese Alejandro —de quien ella le había hablado, efectivamente por lealtad— no estaba ahí por una casualidad. Recordaba haberlo visto antes, en el Gorgomoth. Y, ¿por qué ella lo saludaba? ¿Por eso había insistido tanto en volver a ese antro, noches pasadas? David parecía molesto, obstinado; Eugenia malhumorada, acaso fastidiada. Sí, Alejandro conocía eso. Ciertos varones tendían a comportarse como niños; su trato era una mezcla de exigencias y condescendencias; muchos ocultaban su inseguridad tras la fachada de ser personas de carácter o de mundo; suponían que hicieran lo que hicieran, como lo fuera, debía dar placer a su pareja; confundían su satisfacción con la de ellas; no se ocupaban mayor cosa por su goce o por su imaginación.

Junto a más de 300 personas de pie entre los asientos del Teatro, Eugenia bailaba con David al ritmo de Fetisch Rosit, grupo de tendencia *Nouveau Grottesque*. Viéndolos desde las plateas, Alejandro también bailaba, inmóvil: La vieja danza de los encuentros y los desencuentros. Aguardando, tuvo una revelación: Eugenia vio hacia arriba, buscándolo.

Durante el concierto, Eugenia y Alejandro se buscaron repetidamente, con la mirada. Uno estaba en la mente del otro. En efecto, pensó él, de las Emociones habían llegado, en relativamente poco tiempo, a los Pensamientos.

ALEJANDRO SIGUIÓ SUS MOVIMIENTOS, PENSÓ QUE EL BAILE ERA UNA forma de volar. Contempló el peinado de Eugenia, el ensueño de su boca, el dibujo de sus labios en llave de otras noches, otros días, otros paisajes.

AL BAILAR, EUGENIA VOLTEABA DE TANTO, EN TANTO, HACIA ARRIBA.

—¿A quién ves? —le preguntó, suspicaz, David.

Eugenia casi pudo recordar de dónde conocía a ese Alejandro. Viéndolo de nuevo en esa posición elevada, le pareció haberlo visto, también, antes de la pista del Gorgomoth. Él... estaba... Él llegaba... Había...

—A nadie —respondió Eugenia—. A nadie.

El sonido de su propia voz le hizo soltar el hilo de la memoria, nuevamente: Lo que supiera un momento antes, quedó como rastro, como remembranza. La extensión de sus recuerdos se comprimió, hasta volverse una impresión pasajera. Incluso el recuerdo de esa fugaz sensación, desapareció. No tuvo más recuerdo que haber visto hacia arriba. Su mente, descansó.

ALEJANDRO SE ALEJÓ POR UN CORREDOR; ALZÓ SU COPA, PUES MESEROS habían repartido bebidas. Llevaba el vaso, sin probar su contenido, medio lleno de un líquido dorado que reflejaba las luces del Teatro. A media voz, dijo el sortilegio en una lengua angélica —*usbar, kiria, nemis...*— y en fondo de la copa, se creó una ilusión.

EN LOS DESTELLOS COBRIZOS DEL LICOR, SE ENCONTRABA UN HOMBRE diminuto, un homúnculo. Era como lo describían taumaturgos de la talla de John Dee. Ese ente de magia en la copa observaba a Alejandro, sumergido en el ámbar del licor: Un pequeñísimo hombre barbado, que parecía de juguete, bello, incitaba el deseo de tenerlo entre las manos, para tocarlo por todas partes, con gula. Las luces lo rodeaban, y se concentraban en el líquido. Alejandro lo contempló con divertimento, hasta que el homúnculo se removió intranquilo. Antes de que se aterrara, lo hizo desaparecer, al agitar la copa.

De un macetero, tomó un puñado de tierra. Al abrir la mano se desplegó, en su palma enguantada, una rosa de pétalos azules, delicados, que despedían leves llamas, lenguas de fuego que iluminaban suavemente.

Escuchó una entrecortada exclamación de asombro. A su derecha, una chica, estupefacta, lo había visto tomar la tierra y abrir la mano.

—Cómo hiciste eso —preguntó, con un cigarrillo a medio camino de la boca.

Para Alejandro, todo fue pensarlo: las luces se apagaron. Estalló una rechifla.

Al Teatro Avatar entró un viento frío. Eugenia sintió un leve roce en la espalda, un segundo antes de que volviera la luz, pero no vio quién la había tocado, no había nadie detrás suyo.

ALEJANDRO TIRÓ LA COPA Y SE ALEJÓ EN LA BREVE CONFUSIÓN, PERO LO alcanzó otra muchacha, ésta furiosa, que llevaba, por el cuello, una botella rota de cerveza. Era claro que estaba bebida, y algo más.

—Qué te traes con ella imbécil, qué te pasa estúpido.

Alejandro giró, tomándola de la garganta con rapidez tal que la chica pasó del ataque a estar punto de desvanecerse. Una mano enguantada de piel le cortaba la respiración, mientras veía jirones oscuros que eran el preludio de su muerte. Soltó la botella, ante la urgencia por respirar.

Sin embargo, su expresión, por sus ojos cerrados, por su boca entreabierta, con su rubor, mostró algo demasiado cercano al goce. Aferraba la muñeca de Alejandro, pero a partir de un cosquilleo en su garganta, un intenso placer la debilitaba. Muchos Ángeles de Angustia cosechaban almas para la Muerte gracias al goce sexual. Sin embargo, ella se resistió ante una alarma en su cerebro: La intensidad del placer se relacionaba con el grado de proximidad a la muerte. Una breve, insuficiente inhalación, bastó para regresarla a la vida, mas sus renovados intentos por soltarse fueron inútiles. Únicamente encontraba la mano donde ella hincaba las uñas, sin obtener respuesta. Pateaba, sin encontrar un cuerpo. La presión de esa mano, aumentó. El dolor la paralizó. Le llegó una voz de fría tranquilidad, que la aterró, más por el hecho de que el sujeto... *sabía su nombre...*

—Querida Cristina... —sonrió Alejandro— Tú tienes un pequeño problema: Careces de vida propia... Por eso quieres vivir las vidas de los demás. Te entrometes en ellas, quieres decidir en ellas y a tu insolencia le llamas sinceridad. Crees defender a tu amante cuando, en realidad, la asfixias. Eres una persona infeliz, celosa de la felicidad de los demás.

*¿Cómo sabe mi nombre?* se preguntó Cristina con horror, a pesar del ahogo. La fuerte imagen de sí misma, representada por su ataque con la botella rota, se deshacía en un brutal dolor. No podía ser, alguien debería notar lo que pasaba, estaban en un maldito teatro, entre más de 50 estúpidos sólo en ese pasillo, pero es que ni siquiera se sentía en el teatro, sino en el fondo de un enorme vacío, oscuro, gélido, donde distinguía una mirada de fuego, pletórica de ira asesina, inhumana.

*¿Cómo sabe mi nombre?* se repitió en medio de su terrible dolor. Era estrangulada tan fuerte, que tuvo la horrenda certeza de estar siendo decapitada. Los ojos le dolían, en punzadas. De pronto, con alivio enorme, casi con agradecimiento, se sintió liberada, y cayó aparatosamente al suelo. Cristina (*¿cómo supo mi nombre?*) tomó aire con ansiedad, mareada al ver tan cerca el suelo de losas a cuadros blancos y negros; retrocedió como pudo, gateando, con apremiante deseo de huir, mientras una luz distante revelaba las botas de aquel sujeto, que caminaba a su alrededor con parsimonia.

El sujeto se arrodilló a su lado, y le susurró algunas palabras, gozosas, que la hicieron detenerse, atenta, contra su voluntad. Él le habló, al oído, como hablan los Ángeles de Angustia: Bellos, serenos, de palabras amorosas que musitan la pena y el horror... Resplandecientes Ángeles, acariciantes Ángeles que describen paisajes mortuorios y entonan cantigas de desesperación. Ángeles que hunden con suavidad, en el corazón, el puñal de la locura, y acarician los cabellos con melancolía mortal; Ángeles de alas brillantes que cantan las Letanías de la Muerte y beben las lágrimas humanas, sin apagar nunca su sed.

Cristina se desmayó. Al despertar, a la mañana siguiente, su amante terminó su relación con ella. Le expuso razones, crueles por verdaderas, dichas sin piedad, dejándola sola después, sumida en una negra desesperación.

LA CIUDAD SE EXTENDÍA EN CAOS, UNA METRÓPOLI DE ALMAS originarias de un país sin horas, ciudad de luz poblada por ángeles caídos. Los Primeros no eran visibles, pero estaban ahí, sobre los edificios, en los tejados, en las planicies y en profundas cuevas iluminadas por destellos de azufre, a la vera de ríos subterráneos... Ángeles umbríos y alados, mudos, sombríos, exiliados tras la Rebelión, dispersos en los recodos de selvas donde nunca había pisado el ser humano, callados en lo alto de las iglesias, repitiéndose fórmulas de fuego en lenguas extranjeras, hechas de colores y de formas geométricas, recordando leyendas de tiempos secretos, junto a las ruinas de reinos perdidos para la historia. Junto a ellos, los Segundos Caídos andaban por las calles de las ciudades, navegaban por los mares o vivían en el campo, en naciones nevadas,

en repúblicas cálidas o desérticas, y ninguno de ellos recordaba su cualidad de Ángeles. Se decían humanos.

Tal vez el mundo era un error. Eso habían temido los Ángeles Rebeldes, y por eso habían ido a buscar las respuestas a las puertas del Cielo. Un error tan craso como el Paraíso, que imponía leyes cuya ruptura estaba al alcance de la mano, colocando en oposición al espíritu y a la materia de forma tan notoria, que el conflicto entre ambos, era inevitable. Colocaba, una junto a la otra, a la santidad y a la tentación.

Alejandro caminaba deprisa, llevando la rosa azul, ardiendo, en su mano enguantada. Los humanos, que antaño leyeran los ensueños, poseedores de las Llaves, hoy vivían el espejismo de sus vidas. La Creación había reemplazado al Infinito.

La Luna crucificaba su joven reino. Las luces se reflejaban en los ojos brillantes de Alejandro, de iris violetas.

Shejiná no recordaba, pese a la cercanía de él. El peso de la ilusión diaria era demasiado grande como para liberarse de ella. Quizá sólo los ascetas podían lograrlo. Un humano común, no. Eugenia estuvo a punto de aceptar sus recuerdos, de dejarlos emerger, mas, al no estar relacionados con su experiencia mundana, los había desechado. Una, dos veces, ¿cuántas más? ¿La perdería de nuevo, tan cerca?

El destino. La Torre derribada por el Rayo.

Eugenia, Shejiná. La realidad se convertía en mito, en ilusión, en mentira. Su amada estaba ahí, y ella no sabía quién era él. Una conjunción de astros permitió que ella entrara al mundo, pues sin duda tal había sido su voluntad. Y cuando él también bajó para encontrarla, descubría que se habían convertido en desconocidos, uno para el otro.

—Éste es el mundo que deseabas —susurró al cielo, destrozando la rosa ardiente en su mano, convirtiéndola en cenizas que dejó volar, abriendo la palma—. Es el mismo mundo que tuviste antes, un reino de amnésicos, dominado por un Rey que es el único con memoria. Lo creaste, y luego lo abandonaste. Por eso lo diste a nuestras manos. ¿Dónde están los verdaderos devotos de su supuesto Salvador?

Alejandro observó las calles con sus promesas latentes, con sus mundos posibles. El Árbol Sefirotal era hiedra en sus

sienes. Deseó que su dolor fuera una hoguera; encenderla para consumir al tiempo, liberar las caricias de la nada.

EUGENIA DECIDIÓ EVITAR TODO ENCUENTRO, PERO ALEJANDRO NO permitió que el abismo se abriera hacia él: Se dejaba ver por Eugenia, que a veces iba sola; otras, acompañada con amigas.

Una noche, Alejandro subió de un salto al árbol de casa de Eugenia. Se puso en cuclillas en una rama frondosa, como la primera vez.

Entró a la habitación en silueta, escondido en el perfil del árbol.

Una rama se sacudió; su sombra se deslizó sobre Eugenia que, dormida, respiró agitada. En el rostro de Alejandro apareció una expresión mezcla de insolencia, satisfacción, crueldad.

*Vén conmigo a la noche, pensó el ángel oscuro, en el árbol. Cuando eso suceda, pondré en tu mano un anillo de zafiro. Yo llevaré otro hasta que se anuncien nuestras nupcias. Nadie podrá romper sus círculos. Yo seré tu amado, tú serás mi amada y dejaremos de ser sombras el uno para el otro, hasta que el Apocalipsis amanezca con su Sol ensangrentado.*

Permaneció frente a la ventana, hasta la aurora.

AFUERA DE X-TERESA, ALEJANDRO LA ABORDÓ.

—¿Me has estado siguiendo? —preguntó Eugenia, hosca.

—Sí. Te he estado siguiendo.

—¿Para qué?

—Sé que hay alguien en tu vida —dijo Alejandro— y que a mí, me conoces poco. Pero creo que deberías dar la oportunidad de resolver ese tema. ¿Suena demasiado fácil? No es mi intención. Tú me interesas, ésa es mi verdad. Te pido que no desconfíes.

—¿Y por qué no dices de dónde me conoces?

—Lo haré, lo prometo. No guardo ninguna sorpresa desagradable.

Eugenia lo observó con una mirada que resultó un gran contraste con su primera actitud de desconfianza.

Me generas algunos problemas, ¿sabes? —reflexionó ella—. Mi novio no ve la hora de hablar contigo, para ponerte en tu lugar.

—Supongo que así es. Yo me sentiría tentado de actuar así.

—Lo detengo, porque no quiero más problemas. No es porque me preocupes tú.

—Lo acepto. Yo tampoco deseo que tengas problemas, pero, ¿qué otra cosa puedo hacer? En verdad, me interesas. Sé que puedo darte lo que necesitas.

Eugenia vio hacia la calle, con cierta exasperación.

—Lo que no me agrada, es cómo actúa él. No me gusta sentirme acosada, ni cuestionada todo el tiempo.

Se miraron a los labios. En esa mirada había una pregunta: Si los besos reales serían iguales a los soñados. Un deseo: Que el sueño se convirtiera en realidad.

—Siempre que nos encontramos, no dejas de mirarme —susurró Eugenia—. ¿Debo creerte?

Alejandro la miró a los ojos.

—Debes creerme. Créeme, te lo pido.

—¿Y si te digo que yo también quiero conocerte?

—Sería perfecto. ¿Puedo hacer algo para que me lo digas?

—No sé quién eres, pero deseo que me digas lo que debes decirme... David se enterará hoy... ¿Tienes curiosidad por los detalles?

—Todo me interesa.

Eugenia habló con el desencanto cruel de una mujer muy joven:

—No me gusta cómo es David, ésa es la verdad. Es muy inmaduro. Se ha vuelto posesivo.

Alejandro encontró en Eugenia una nueva expresión. Le pareció más atractiva, más interesante. Como si su personalidad se hubiera perfeccionado.

—¿Y tú? —agregó ella— Estas semanas han sido agitadas, hasta te vieron acompañado. ¿Y si fueras alguien voluble?

Eugenia medía su terreno, con una actitud de acicate, sin perder nada, pues hacía que Alejandro se orillara a negar el olvido; ella, no.

Por lo demás, presentir es saber. Eugenia estaba segura de que no le supondría dificultad distanciarlo de otra persona que motivara su interés. Mas dudaba que tal cosa estuviese ocurriendo. Una mujer sabe cuando suscita un interés genuino. Para Alejandro, el reto consistía en salir de sí para atraerla; para Eugenia, en atraerlo desde el fondo de sí misma.

Se sostuvieron la mirada. El Abismo hacia David estaba abierto. Alejandro susurró:

—Haz lo que necesites, Eugenia, sólo dime dónde y cuándo hallarte. No te preguntaré nada. No hay nadie más en mi vida.

TRES DÍAS DESPUÉS, ALEJANDRO FUE AL DEPARTAMENTO DE EUGENIA.

La vivienda estaba bien arreglada, y poseía, en una habitación, muchos objetos de cerámica. Alejandro encontró, sobre un restirador, más de mil hojas blancas, llenas de dibujos. Todas mostraban rosas.

—Me gustan las rosas —comentó Eugenia—. Desde chica las he dibujado. Casi me he hecho una experta.

—¿Puedo verlas?

—¿Las rosas? —bromeó ella—. Sólo son dibujos.

—Parecen de verdad —sonrió él—. ¿Puedo verlas?

—Ajá —asintió ella, alegremente.

Alejandro pasó las hojas, y vio, en cada una, dibujos de tres rosas rojas. Eran el único motivo. Algunas sangraban. Otras parecían dibujadas con sangre.

—Dibujas muy bien.

Ella le habló sobre la historia de algunos de sus dibujos. Alejandro comprendió que cada uno de ellos guardaba un recuerdo, un significado de valor especial.

—No vayas a pensar que soy obsesiva —rió Eugenia—. Inicié con ese tema sin saber por qué lo hacía, pero me gusta, me da tranquilidad... ¿En qué piensas?

—Creo que son un motivo bello. ¿Y esto?

De entre las cerámicas, levantó una con forma de manzana roja. Un recuerdo para atesorar recuerdos, pues era un cofre.

—Hago artesanía. Todavía no sé si me voy a dedicar a eso. ¿Te gusta? Te la regalo.

LA TARDE INVADIÓ POCO A POCO EL PISO, CON UNA BRUMA DONDE LAS facciones de Eugenia resaltaban a la luz del poniente.

Conversaron, relajados en los extremos de un diván, enmarcada por una persiana de madera Alejandro le preguntó sobre su vida y Eugenia, al captar el interés de él, se sintió movida a la confidencia y habló como pocas veces lo había hecho. Le contó sus planes para el futuro, cosas de su vida, cómo se había independizado, su interés por las artes plásticas, su sentimiento de sentirse diferente a la mayoría.

—¿Por qué siempre llevas guantes? —preguntó ella, en una pausa de la conversación.

—A muchos pueden no gustarle mis manos.

—¿Me dejas verlas?

Alejandro se quitó los guantes de piel, mostrándole, a la luz de la ventana, dos largas cicatrices, casi rectas. La primera le recorría el dorso de una mano y la segunda, los dedos de la otra.

Eugenia lo tomó de las manos. A pesar de las heridas, las manos eran agradables, armónicas, pues aquellas marcas parecían impuestas temporalmente, igual a una cadena cuya llave existiera y fuera capaz de soltarla, de curar las lesiones.

El cortinaje se agitaba. El viento corría, fresco.

Alejandro buscó su boca y Eugenia lo aceptó. Alejandro la besó con intensidad y puso en aquella caricia la larga espera del laberinto, el dejar atrás el tiempo sin sentido.

Eugenia tenía un aire de sacralidad. La quietud se llenó del péndulo de su respirar. Ella cubrió, con sus palmas, el rostro de Alejandro, que mordió con suavidad la base carnosa de los pulgares, llevó los dedos de Eugenia a su boca.

Ella tomó las manos de Alejandro, y con suavidad, tocó las cicatrices.

—Tus heridas...

—Ya no duelen, Eugenia —susurró él—. Ya no las siento. No tienen importancia. El pasado no existe para mí.

Besándola, Alejandro le desabrochó el vestido de encaje, mientras ella le desabotonaba la camisa. Brotó algo de frenético, algo de huida en sus caricias, como si tuvieran el tiempo sobre sus cabezas, como si, aun en la dulzura de sus gestos, necesitaran unirse con frenesí para que los segundos corrieran bajo sus voluntades, sin los dictados de Alguien desconocido. Necesitaban el conocimiento de sí y de lo que no fuera el propio ser, mediante lo más cercano: El cuerpo del otro. Tal vez intentaban escapar, para que el mundo adquiriera un significado comprensible, para que el cosmos fuera humano o los ángeles sombríos dominaran las estrellas. Prisioneros de un estado pasajero y, sin embargo, concientes de una realidad sin ataduras, la desnudez en que se abrazaron era otra propuesta, imperfecta, mas la única total, la única que comunicaba lo imposible en el reino de las palabras, la conciliación entre desear, andar, volar. La respuesta llegó con un

encuentro profundo y Alejandro hizo lo imaginado en siglos: Besar las columnas de tus piernas, acariciar la lira de tu sexo, beber del pozo de tu vientre, ver tu rostro cuando llegas, hasta que un gemido unánime escapó por la ventana y voló sobre la ciudad, fundiendo los nombres de los dos.

ALEJANDRO SE ENCONTRÓ EN TIFERET, EL JARDÍN DE LA BELLEZA. Experimentó lo mismo que un humano, cuando éste ama a la persona que colma sus aspiraciones.

Eugenia no había recordado. Ella no podría creer todo lo que Alejandro podría contarle. Mas éste pensó que, si podía amarla de esa forma, sumergido en la ilusión del mundo y de sus relojes, así sería. Se decidió a unirse con una humana, como otros ángeles, en los primeros días de la Caída, y dejar de ser lo que fuera hasta entonces, para permanecer con ella. El amor aparece, no siempre en las mejores circunstancias, pues somos seres en movimiento y las circunstancias casi nunca son estables. Pero, ¿qué es más importante, las circunstancias o el sentimiento? ¿Por cuál opción habría de decidirse un hombre, una mujer, un ángel caído, cuando ve llegada la hora?

CREPUSCULARES, LOS ÚLTIMOS RAYOS DE SOL ATRAVESABAN LOS arabescos de la persiana.

La luz colmó la pequeña nada, el espacio entre los arabescos, y el brillo despertó en halo dentado. Alejandro recibió esa tenue luminiscencia en la lengua y la dejó caer: Liberó sobre un párpado de Eugenia esa gota de agua brillante o rojo pétalo de vacío. Contempló la roja estrella, formada por la silueta del arabesco, tornasolar las pestañas de Eugenia y avanzar, conforme el Sol se ocultaba. El ocaso hablaba por boca de ese dibujo, tallado en la madera: un susurro que recorría las facciones de Eugenia. Cuando en último fulgor, la luz alcanzó la sonrisa, la besó, para recoger el destello menguante del poniente, bebiendo esa sangre luminosa en la humedad recóndita. El Sol desapareció tras las montañas y dio paso al abrazo de la noche, donde la oscuridad se convirtió en negra luz.

ALEJANDRO BESABA EL ABDOMEN DE EUGENIA, EN BUSCA DE FÁBULAS. Bajo el firmamento nocturno, en las olas de su océano inverso,

Alejandro perseguía náyades en Eugenia, en sus islas, en sus arrecifes, en su transpiración cristalizada en corales de húmeda tersura. Era el oleaje en la costa o la voz de ella, olas en una bahía o los dedos de Eugenia, nerviosos, rigurosos, en el cabello de Alejandro. No lo sabía o no existía diferencia, al final la ola estallaba en un movimiento de arco hacia su boca, sumergiéndose en una marea que Eugenia impulsaba con las caderas. Y cuando por la cortina atravesó el resplandor de la noche, la silueta de Eugenia se recortó contra la ventana, al mover su desnudez en oscilaciones de sabiduría ancestral, con el rostro en penumbra. De cuando en cuando ella se inclinaba sobre él, para tender un puente, que por su lentitud y la forma en que el cabello la cubría, tenía algo de luctuoso, un duelo tras el velo del viento, incesante, cada vez más rápido, hasta volar en ondulaciones serpentinas.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, DE PIE EN UN CAMPANARIO, ALEJANDRO observaba las calles. Sus manos retenían el aroma de la piel de Eugenia. Aspiró aquel perfume breve, íntimo. La adivinaba en su contacto. Era una alquimia tan antigua como los seres: La de la esencia que contiene una presencia. Alejandro llevaba en sus manos el cuerpo de Eugenia, por el sello intangible de su quintaesencia. El crisol de las caricias daba nacimiento a algo más que la suma de ambos. Transmutado por el contacto, el mineral de la piel se sublimaba. Sus rasgos y el aroma de ambos se compenetraban; uno no sería eso sin el otro, no sería lo mismo si no se encontraran los dos... Y Asurel, el Ángel que llegara con el viento, se vio de nuevo en el Bosque, al lado de Shejiná.

# ÁNGELES OSCUROS



A LA TARDE SIGUIENTE, ALEJANDRO ESPERÓ, INÚTILMENTE, A EUGENIA.

No necesitaba buscarla, como la primera vez. Realizado el contacto, hallarla le era tan sencillo como pensar en ella. Así, moviéndose en el aire, como una más de sus ráfagas, a las once de la noche él apareció en un balcón del Palacio de Correos, sobre el ajetreado tráfico del centro de la ciudad. Abajo, sobre la calle, veía a Eugenia, y no estaba sola. Iba con David.

Acuclillado en el balcón del edificio, los descubrió, tomándose de las manos. No quiso escuchar su conversación... Sólo vio cómo ellos se besaban.

El Ángel conocía la conducta de los humanos. No gratuitamente había profundizado en sus corazones durante siglos. Sabía que muchas rupturas no ocurrían de manera tajante, y que el pasado no se olvidaba por completo, al iniciar otra relación. Era claro que esta situación era de esa clase, pues sin necesitar escucharlos, vio a David, allá, en la acera, molesto, abrazando a Eugenia, hablándole con insistencia. Ella, determinada, asentía, afirmando una posición personal. Se soltaron, todavía tomados de la mano, que David estrechaba, nervioso. A veces se interrumpían mutuamente, pero la mayor parte de las veces, Eugenia lo escuchaba y, en su turno, pronunciaba frases que causaban una evidente impresión dolorosa en David, hasta que a éste parecieron acabársele los argumentos, y sus intervenciones fueron más esporádicas. Pasó a otra fase, la de simplemente insistir, yendo de un lado para otro.

Alejandro presenciaba la conclusión de su ruptura, pues ese episodio de las relaciones humanas podía tomar más de una conversación, para hacerla formal; debía contarse, además, el tiempo que tomaba la definitiva separación interior; sin embargo, Alejandro tuvo la certidumbre de que la separación en el corazón de Eugenia, no incluía sólo a David. Ahí había una ruptura con el pasado inmediato, en bloque.

—¿Piensas que lo has conseguido, Asurel?

El Ángel volteó a su derecha. En el tejado, se encontraba otro hombre, éste vestido de blanco, sentado en dirección contraria

a Asurel, con las manos entrecruzadas sobre las piernas. Él también llevaba una espada.

Era curioso cómo, al bajar al mundo de la materia, los Ángeles adquirirían aspectos no elegidos por ellos, sobre todo en las vestimentas. Quienes eran como él mismo, siempre aparecían de negro. Los que provenían de los Coros Celestiales se mostraban de un blanco inmaculado. Los átomos de la materia se aglutinaban, en respuesta a la atracción de los espíritus, en un orden relacionado con la lógica de sus naturalezas.

—Rafael —lo reconoció el Ángel Oscuro— Cuánto tiempo ha.

—Él te observa, Asurel —dijo el hombre de blanco, tranquilo, viendo a lo lejos—. Te ha visto bajar aquí. No te dará mucho más tiempo.

—No puede impedírmelo —el negro Ángel se sentó en el balcón, apoyándose en una columna, de frente a quien se hallaba arriba, a cincuenta metros sobre la acera—. Éste es nuestro mundo.

—Ya no es su mundo. Uno, vino a arrebatárselos.

—Oh, sí lo es —asintió Asurel—. El mal, todavía, casi siempre vence. Yo puedo vencer, esta vez.

—A ella, sí puede impedirle algunas cosas —expresó Rafael—. Las leyes de este mundo obligan, a las almas, a olvidar. Shejiná no puede liberarse de esas leyes.

—Pues ha conseguido liberarse, en cierta forma.

—En una forma muy inestable... No, no te recordará, Asurel —afirmó el blanco Ángel—. A menos que le muestres el pasado. Y ni aún así te recordará por mucho tiempo, lo sabes. Sabes que puedes destruir su mente, si se lo revelas de esa forma.

Asurel desenvainó la espada, poniéndose de pie.

En el acto, Rafael se puso de pie en el tejado, desenfundando la espada, también.

—Hasta el día de hoy, no lo has entendido —afirmó Asurel, señalándolo con el índice; su arma relampagueaba—. Cuando dieron a estos seres el libre albedrío, la libertad de ejercerlo debía ser una propiedad añadida. Pero sucede que no pueden actuar de acuerdo con su albedrío, porque fuera de ciertos límites, arde la condenación. Y, además, les dieron todas las oportunidades de caer en lo que los tuyos llaman pecado. Un camino muy estrecho, muy traicionero, donde es fácil perderse. Ese peligro ya latía en

el Paraíso. En él, Él mismo los hizo caer en tentación, al prohibirles comer del Fruto que estaba al alcance de su mano.

—Era una prueba —dijo Rafael—. Ellos debían mostrarle obediencia. Como debe hacerlo Shejiná.

Asurel andaba, lentamente, sobre el balcón.

—Ella es libre, claro, hasta donde tu Amo lo desee. Decir que se es libre dentro de límites ilógicos, es un engaño. Es lo que hizo con Nosotros y este mundo. Es un Amo, y por eso actúa según su capricho, a veces benévolo, otras, castigador. Sin ley.

—A ella, la protege. La protege de ti. Yo lo hago. Yo envié a David tras ella, la noche en que la hallaste. Yo le hablé al oído, esa noche en el Teatro, ayudando al mecanismo natural que le impide recordarte. Siempre intervengo, para ayudarla a olvidar.

—No pudiste impedir que la encontrara, al cabo de siglos. Tampoco, que anoche nos amáramos.

—Porque te has ajustado a las leyes del mundo. Casi actúas como un ser humano. No has empleado magia alguna, o casi ninguna... Eres astuto. Presentas mentiras con aspecto de verdad. Tu sola presencia ante ella como un ser humano, es un engaño. Le mientes. Ella se encuentra en pecado.

—Por supuesto. De acuerdo contigo, los humanos no tienen mérito. Lo ruin, proviene de ellos; lo benigno, de Ustedes.

—Tú los odias, Asurel. Nunca han recibido nada bueno de ti. No puedes juzgarlos.

—La medida no es tu Bien incoherente. Yo odio su debilidad, su falta de compromiso, su mezquindad. Y aunque durante todo este tiempo me he vengado por perder a Shejiná, tampoco tú puedes juzgarme a mí. Ustedes no actúan diferente a mí. Castigan sin motivo, no atienden a sus llamados desesperados. No los han librado de mí, nunca. Y todavía esperan que ellos Les agradezcan esa conducta ilógica. Los humanos tienen leyes más claras que las divinas.

Rafael no respondió.

—Y éste, es el momento de siempre —rió Asurel—. El de callar. Pero eso es porque tampoco tú sabes las respuestas. Prueba a preguntarle a Él, y cuando seas castigado por la soberbia de interrogar por sus motivos, el tirano de nuevo actuará por su capricho. Te recibiremos con gusto, entre los Exiliados... Rafael,

la Medicina de Dios, transformado en el Veneno de Dios... Mas, como ves, yo no pregunto nada. Ya no lo necesito.

—He venido a prevenir, Asurel —susurró el blanco Ángel—. Él te castigará, sin misericordia, como ya lo hizo antes. No prevengo por ti, sino por ella. Para salvarla de ti, si acaso llegaras a estar cerca de triunfar, le quitará la vida. Llevará su alma tan lejos como no puedas encontrarla, a un lugar donde ella pagará, eternamente, el haberte elegido.

Fulminante como un relámpago, el Ángel oscuro dio un salto hacia el tejado. Sus negras alas se desplegaron. Rafael, inmutable, apenas logró interponer su arma ante el demoledor tajo que Asurel le dirigió.

Las espadas chocaron. En el cielo, estalló un repentino trueno, solitario, y las personas en la calle se preguntaron si llovería.

ALEJANDRO, SOLO EN EL TEJADO, EXPERIMENTÓ UN SACUDIMIENTO. ¿QUÉ iba a hacer ahora? Una heladez intensa le atrapó el corazón, abrasándolo con su frialdad.

La amenaza del castigo contra Shejiná... Ella, en las garras de los obscenos monstruos de la zona de castigo divino, por toda la eternidad, sin comprender por cuál motivo era castigada, con tan espantoso rigor.

Lo decidió de improviso, pues la rapidez en las decisiones era clave, cuando se trataba de evitar un Poder tan voluble. No la dejaría, ni de lejos, ante la sombra de un riesgo que él no tenía poder para conjurar. El oscuro Ángel prefirió salvarla. Era hora de renunciar. No a sus sentimientos. Debía renunciar a Shejiná, a la personalidad que la contenía.

Pues aun sin la amenaza de ese castigo, la realidad era que no podía hacerla recordar. A menos que se lo dijera abiertamente, que él le mostrara el pasado, sin simulaciones. Pero eso, podría destruir su mente humana, y por las veces en que sutilmente trató de inducir en ella los recuerdos, no existía la seguridad de que los retuviera por mucho tiempo. Y esos recuerdos carecían de fuerza acumulativa. Cada vez, partía de cero, no de una noción previa. Así, la sombra del castigo contra Shejiná, lo decidió a partir.

Se quitó los guantes, y pasó los dedos por las marcas que las cruzaban, las crudas cicatrices de las viejas heridas. Nunca las

había tocado, y esta vez, le pareció leer, en ellas, la historia de su destino.

ESPERÓ, SENTADO EN EL ÁRBOL. CUANDO ELLA LLEGÓ, EN LA madrugada, no le dirigió una mirada. Se limitó a esperar el transcurso del día, con sus cambios de luz, hasta las cinco de la tarde. Entonces descendió y subió, por las escaleras, al departamento de Eugenia.

EUGENIA APAGÓ SU TELÉFONO MÓVIL, Y PERMANECIÓ EN LA SALA, pensativa.

Una alerta repentina la hizo mirar hacia atrás.

—¿Cómo entraste? —preguntó, intranquila.

Era Alejandro, de pie en la sala.

—Como siempre, abriendo las puertas —contestó—.

¿Cómo lo haces tú?

—Yo cerré, di vuelta a la llave.

—No lo creo. En ese caso, habría llamado.

Cualquier otra cuestión estaba respondida de antemano. “Y, ¿esa noche, qué fue?” “¿Por qué cambiaste de opinión?” “¿Por qué no me lo dijiste?” “¿Es tu última palabra?” Las respuestas podían ser claras, comprensibles o vagas. Dudaba que fueran hostiles o irresponsables. No era una situación de negro o blanco. Lo que ella pensaba ahora no echaba por tierra, necesariamente, lo sentido la noche anterior. Era que los humanos, mutaban. Alejandro no tenía necesidad de escuchar las respuestas de Eugenia para enterarse de la realidad. Aunque estaba seguro de que ella se las diría. Se decidió a vivir ese ritual humano.

—¿Quieres sentarte? —lo invitó ella.

—No, Eugenia.

—¿Estás molesto? Discúlpame por no haber llegado ayer.

—No he venido a reclamar nada, no te preocupes. Molesto, no lo estoy. Supongo que necesitabas tiempo. Cuando se necesita tiempo urgentemente, no puede pedirse, se toma.

Asintiendo, la expresión de Eugenia fue la de anticipar argumentos que carecen de eco en el corazón; sin embargo, él no percibió, en ella, indiferencia.

—No volveré con David —aseguró Eugenia, al cabo de un momento de reflexión—. Se lo repetí, anoche. Lo vi en el centro.

Él no me llena. Haberme dado cuenta de eso, es algo que te agradezco. Tal vez pude haber durado mucho más con él, y haber aceptado otras cosas, con esa conformidad. Era un error.

Alejandro asintió.

—Quizá cometí otro error —siguió Eugenia—. Los comparé, a ti y a él. Si sirve de algo, te diré que me gustas más tú. Tú y yo nos conocimos de una forma rara, pero me ayudó a darme cuenta de las cosas con David. Yo quiero algo diferente para mi vida, no sentirme comprometida. Necesito más tiempo, para ordenar mis cosas.

—Entiendo.

—No voy a mentirte —concluyó Eugenia—. Tampoco me quedaré contigo. No sé si eres tú lo que necesito. Todo ha pasado rápido, y ha sido bello, pero no sé qué decidir sobre ti... No quiero darte falsas esperanzas, Alejandro, pienso que mi decisión no te va a incluir. No quiero ser dura al decir eso, sino ser honesta. Quiero hallar mi camino, y para eso, debo estar sola.

—Entiendo tus razones. También he venido a despedirme.

—¿En verdad, por qué?

Eugenia se arrepintió un poco de haber dicho eso, pues podía parecer interés. Lo tenía por Alejandro, de lo contrario, no habría pasado con él, aquel día y noche; tampoco habría tenido relaciones con él, por una simple curiosidad; sin embargo, por esos mismos hechos, el nuevo acomodo que ella encontraba para sí misma, apartaba el episodio de David y en él, se incluía a Alejandro. Posiblemente porque todo sucedió muy rápido, y a partir de su nueva conciencia sobre su necesidad de independencia, debía dejar todo eso atrás. Una vez aclarados sus sentimientos con respecto a David, lo relacionado con ese tiempo se incluía en la forma del pasado inmediato; lo que debía cerrar.

—Me marcharé —afirmó Alejandro—. Lo que vine a hacer a esta ciudad, está concluido.

—¿Vas a volver?

—No lo creo.

Alejandro dio la vuelta, y Eugenia quiso retenerlo. Ahora que él se iba, experimentó duda en dejarlo ir. Se levantó y yendo a él, lo detuvo por un hombro, sin saber bien lo que buscaba.

—¿Me odias, Alejandro? ¿Crees que soy una mala persona?

—No, Eugenia —respondió él, volteando apenas—. No lo creo. Tampoco te odio. No lo lograría, ni proponiéndomelo.

—¿Por qué me hablas tan áspero?

Él no respondió. Debía irse, pero sólo la voz de ella, lo retenía.

—No me has dicho una verdad —insistió Eugenia, suavemente—. Eso es como mentir. ¿Puedes responderme algo?

—Sí, Eugenia —asintió él.

—¿Por qué no me dijiste de dónde me conoces?

Alejandro se giró del todo, soltándose de ella.

—Porque sólo son palabras, Eugenia. No tienen significado para ti. Traté de hacerte recordar. Era lo mejor. Fue imposible.

—¿Cuándo trataste?

—Varias veces.

—Eso y nada es lo mismo. Si no me mentiste, me gustaría oírlo. No quiero pensar que actuaste con falsedades.

—¿Te gustaría oírlo?

—Eso dije.

Alejandro se vio las manos enguantadas, abriendo y cerrando las palmas, con lentitud.

—¿Quieres saberlo? —preguntó de nuevo, pero fue para decidirse a hablar—. Está bien, te lo diré.

Eugenia lo miró con atención, como si se preparara para una noticia dolorosa. De soslayo, supo que, en el cielo, se movían nubes oscuras en anuncio de lluvia, reafirmado por el viento que entró, frío, por la ventana abierta.

—Escucha —dijo él—. *Yo vengo de muy lejos. Es un sitio no sólo físicamente lejano: Es una vida anterior. Tú y yo nos conocimos en otra vida, en lo que hoy llaman Edén. Desde entonces, te he buscado, por mucho, muchísimo tiempo. Estuvimos juntos una sola noche, que prometía la eternidad completa, pero debí irme de tu lado, y del Paraíso. No sólo yo, sino millones entre las estrellas. Y castigados, Dios mismo nos separó, a ti y a mí. Nos condenó a estar por siempre lejos. Tú y yo no siempre hemos sido lo que somos hoy, Eugenia. Fuimos otra cosa, otros seres, en otro tiempo.*

Eugenia habría reaccionado con total descrédito, pero recordó a la gitana del Pabellón Esfinge, la lectura del Tarot, de la

cera. No aceptó las palabras de Alejandro, pero las recibió con extrañeza. Y eso fue un primer paso.

—Y de acuerdo con tus palabras, ¿quién soy yo, quién eres tú, Alejandro?

Alejandro fue al sillón, de donde levantó la hoja de papel, que lucía el dibujo de Eugenia, éste, de dos rosas rojas en el mango de una espada, de estilo medieval.

—¿Tú? —sonrió con tristeza, mirando el dibujo— Tú eres la Bella Durmiente, amada mía, que jamás despertará. Posiblemente también me buscabas, pues no deberías hallarte en el cuerpo que hoy ocupas. Yo vine aquí al ver que habías renacido. Renaciste, para buscarme a tu vez, pero la ilusión del mundo es demasiado fuerte. No consigues recordarme, excepto como eco, en algunos momentos. Excepto esos momentos, actúas de acuerdo con las normas de la vida. Así pasa con los seres humanos. Casi nunca recuerdan sus vidas anteriores, y cuando lo hacen, son vistos como entes raros, porque son prueba inquietante de que el mundo no es lo que se cree.

Dejó el dibujo. Los rasgos de Eugenia. Eran los del Bosque, los del lago. Pero en ellos, él ya no se reflejaba.

—¿Quién soy yo? Mira.

Alejandro se alzó una manga, y bajo la muñeca, le mostró el tatuaje que llevaba sobre las venas. Era una figura en forma de rayo.

Eugenia se hizo hacia atrás, estupefacta. Era la misma figura, más delineada, que viera en la lectura de la cera con la vidente del Pabellón.

—¿Tú conoces a *la gitana*? —preguntó, nerviosa, desconfiada, enojada a causa del desconcierto— ¿Me están jugando una broma, cuál es el objeto?

—No conozco a nadie así.

Eugenia retrocedió más, viendo el tatuaje. Sentía la cabeza extraña. Era la misma forma, el... ¿cómo se llamaba? *El Sigilo de Asurel*.

—Es un juego... Es una broma de mal gusto... Qué pretenden tú y esa tipa...

—Me hablas de alguna señal que recibiste. Era tu destino, sin duda. Pero la conmoción puede ser demasiado fuerte para ti. Por eso no te lo expliqué así antes, Eugenia. Lo sería para cualquiera.

—¿Cómo esperas que crea algo tan inverosímil? —se mojó los labios— Debería poder verlo, lo que supuestamente dices... ser, debería...

—¿Quieres verme como soy? ¿En verdad lo quieres, amada mía? —el adjetivo le fue doloroso, pues lo dijo de nuevo sin pensar, sólo expresó lo que sentía, un trato que solamente tenía vida en sus labios— He cambiado, no soy quien viste cuando nos conocimos —suspiró—. No importa, de cualquier manera. No te hará daño. Esto también lo olvidarás.

Se abrió más la gabardina, del lado izquierdo, y por primera vez, Eugenia vio la espada que él llevaba al cinto. El azoro de Eugenia fue enorme, y se sumaba a sus anteriores impresiones. No se explicó cómo no había visto esa peligrosa arma, pues su aspecto era real: Una espada larga, de mango y guarda labrados con un fino y complicado trabajo de herrería. Estaba enfundada en una bella cubierta metálica plateada, enjorada, a lo largo, con gemas rojas que despedían un suave resplandor por sus facetas. De la guarda, pendían dos rosas negras, entrelazadas por una cadenilla de plata. Era casi igual al dibujo que él acababa de ver, tomándolo del sillón, el dibujo de las rosas en la espada medieval trazado por ella.

—Mi nombre es Asurel, amada Shejiná —dijo él—. Yo soy un Ángel de la Belleza del Mal.

LA LÁMPARA DE TECHO, SE APAGÓ. EL VIENTO CORRIÓ A MAYOR velocidad, en augurio lejano. Eugenia veía a su alrededor, pues en el aire flotaban pequeños destellos luminiscentes. En esos segundos, el peso de una evidencia ante sus ojos, a pesar de su concatenación, la sumía en azoro.

Eugenia vio a Alejandro en una oscuridad repentina, pero no del todo. Antes bien, donde la escasa luz de la calle debería tocarlo, había sombras. Y en esas sombras, descubrió que la espada que él llevaba pendiente del lado izquierdo del cinturón, brillaba, como hierro al rojo. Era un objeto largo, ancho, de gemas sangre. Diríase que portaba un haz de fuego. Y su par de rosas, resplandecían en luz negra.

El viento que entraba por la ventana corrió más fuerte, en miríadas de puntos brillantes, que eran las hojas de dibujo de Eugenia, traídas en vuelo desde una de las habitaciones, páginas

que llevaban los motivos de rosas que dibujaba continuamente, desde la infancia hasta su actual adolescencia. Eugenia las vio revolotear a su alrededor, casi fosforescentes en la oscuridad.

—*Dibujas rosas porque son un recuerdo, Eugenia* —dijo el viento, reverberante—. *Son un mensaje que tú misma te envías, para recordarme. Son las rosas que te di como promesa de mi amor y que estaban en mi espada. Conservé dos de ellas, las que ves. Porque tú eres Shejiná, el Espíritu del Paraíso.*

El choque que removía la mente de Eugenia le permitió admitir la siguiente visión: En un tornado de luz silenciosa, la figura humana de Alejandro se alejó, fundido con un rojo resplandor que nacía a la altura de su corazón. Esa luz lo envolvió y modificó su imagen. Conservaba el abrigo, los guantes negros. Pero los ocasionales resplandores de la espada, iguales a los de un trozo de carbón ardiente, rivalizaban con el brillo de sus ojos, rasgados como afiladas eran sus alas, enormes, casi alcanzado lo que debería ser el techo. Él era un Ángel, una forma borrosa, de amplias alas capaces de envolverlos. Eugenia sintió una corriente que brotaba de él; una corriente que ardía, en soplos matizados por roces de frialdad. Existía algo ambiguo. No eran solamente los sentimientos de Alejandro, sino también una voluntad destructora, inmisericorde, lo que se percibía en él. Era un Ángel lleno de ira y de pasión, cuyos sentimientos puros tenían la huella de una transformación con tintes de tinieblas. Y del que emanaba un aire de inmortal tristeza. La veía con una tristeza tan grande como un mar, tan lejana como el horizonte, donde el Sol hace arder en llamas las distancias.

—¿Eres tú? —susurró Eugenia, con temor— ¿Eres tú, Alejandro?

—Sí, soy Asurel, Lo Prohibido de Dios.

El resplandor de las luces iluminaba el rostro de Eugenia.

EN EL JUEGO DE LUCES, LOS OJOS DE EUGENIA REFLEJABAN LAS CARICIAS del claroscuro. La figura distante, que dejaba de ser Alejandro, parecía hablarle a unos pasos, y Eugenia entendió que esa conversación silenciosa era continuación de otra, iniciada en otro lugar. Como respuesta a la pregunta de cuál podía ser ese lugar, con las sombras a su alrededor pareció dibujarse, o desprenderse de ellas, un espacio que no era el de la desolación primera. Eugenia

percibió nubes deslizarse, a la luz de la Luna; presintió arboledas cercanas, un río cuyas aguas corrían liberadas de una presa, y un murmullo de vegetación que despertaba. Se sintió tomada por los dedos de una mano, y supo que esto, esta noche, eran la conclusión de una senda extendida por otros horizontes. Las luminarias hacían más cálida la mirada de Alejandro, que arribaba no de esa distancia a donde había parecido apartarse, sino desde un largo camino, construido con baldosas de tiempo... Entonces Eugenia reconoció dónde estaba: Era el paisaje de un bosque o arboleda, cercano a un río donde crecían lirios... Y la espesura acompañó un diálogo bajo las estrellas. Pero, ¿qué se decían? Él estaba sentado, cerca de ella, sobre el tronco de un árbol caído. Tal vez el cuadro del bosque era una impresión desdibujada, el recuerdo sepultado de una edificación intrincada, como un palacio. Tuvo la sensación de palabras, la reminiscencia auditiva de la voz de Alejandro; la estampa fue clara: Ella había estado ahí, y era un sitio tan íntimo... ¿Cómo lo había olvidado? ¿Por qué no podía escuchar lo que él le decía? ¿Qué hizo o sucedió para dejar relegado en su memoria, algo tan importante? ¿Qué historias o decisiones existieron para descubrirse como otra persona? Mas esto ocurría; como prueba, a la distancia se levantaban sauces, cedros, pinos, macizos de flores sedosas, ordenadas según el dibujo de las constelaciones; un lago que reflejaba el inmenso cielo azul, a la espera de escribir en él innúmeras historias. Ella estaba de vuelta; era recordar lo soñado la noche anterior; una seguridad de rescatar las piezas correctas; saber que lo intuido era acertado, por obedecer a un genio interior. Su sentir profundo, su melancolía de toda la vida, ese *algo*, era por *este* lugar. Una noche, *esta noche*, él, Alejandro, no, no se llamaba Alejandro, le hablaba de... de...

—¿Recuerdas? —susurró él, sentado en el tronco, tomándola por los dedos— Nos conocimos aquí. Tú venías desde el río. No lo recuerdas por completo, esa hora primera cuando supiste que los astros habían sido creados para ti y para iluminar tus esperanzas. Guardas una frágil memoria de la promesa de tus alas. Por eso amas la belleza, pues es un eco del infinito. No recuerdas, claramente, los secretos que entonces te revelaron el enigma de tus sueños. No puedes ver, diáfana, esa luz de roja aurora que te llama por tu nombre. Y sin embargo, siempre, has sabido que brillan, y que ese horizonte de inmortal arquitectura,

existe. Lo que buscas es tu imagen, tu verdadera imagen, *lo que buscas es a ti, espíritu inmortal*. En las horas solitarias, recibes mensajes de tu ser eterno. Al llamado de su clarín exploras los horizontes de tu vida y temes no ser digna de tu destino. Hoy, tienes anhelos vagos, alma mía, una nostalgia de lo desconocido, una añoranza de los campos infinitos por donde, una mañana, corriste entre sus trigales y no dudaste que llegarías al palacio edificado con astros, en donde serías coronada por la diadema de la razón. Ese eco, ese anuncio de que tienes un destino, *es tu voz verdadera*, espíritu de poderosas alas, no la materia que te adorna y te engaña, diciéndote que eres ella y que eres nada. Sobre mí, yo, que era tu otra mitad, caí, aunque ves lo que era. Ahora soy lo que viste en esa sombra. He sido Alejandro, porque de otra forma no puedo manifestarme en el mundo. Yo vine por ti, pero te dejo. Debo hacerlo, para salvarte del mortal Rayo que te destruirá.

“¡Me marchó, Shejiná! —exclamó, en el medio de un intempestivo tornado, poniéndose de pie— ¡Debo irme para siempre, y tú, mañana, me olvidarás!”

Entonces, envuelta en un revoloteo de hojas secas levantadas por la fuerza del viento, ella lo recordó todo, justo en el momento en que él se alejaba. Fue como cuando, en pleno día, en nuestra mente se arma de improviso el cuadro, los detalles del ensueño olvidado de la noche anterior. Un destello, un encajar de piezas. En efecto. En ese río del Paraíso, exactamente al sur del Palacio de los Lotos, crecían lirios con los cuales ella se tejía coronas cada mañana, y gozaba leyendo su caudal donde se reflejaban las estrellas. Más allá, al oriente de los Dos Árboles, existía un palacio destinado a ella, y a él. Al Ángel del Bosque. A ella, a *Shejiná...*

EL VIENTO FUE TAN PODEROSO COMO UN TORNADO QUE LLEGABA DESDE el principio de remotos siglos. Y sus palabras fueron las de una clara conciencia, las del recuerdo absoluto en esa vereda del bosque mágico.

—¡Asure! —gritó Shejiná— ¡No tienes qué hacerlo! ¡Soy yo! ¡Soy yo, óyeme! ¡Soy Shejiná! ¡Yo también te he buscado! ¡Iré contigo!

Y Shejiná corrió hacia aquella forma, la larga silueta masculina que se alejaba por el bosque, lejos como para oírla. El espacio ensanchó, hasta que sus límites se perdieron de vista,

proyectados a una distancia incalculable que la dejaba en un páramo nocturno. Forzando la vista entre las sombras de los pinos, aspirando de nuevo la fragancia fresca de los abedules y de las rosas que crecían, hermosas, en las veredas perfectamente conocidas, volvieron a su memoria los cuadros perdidos, con sus momentos personales, recordando cómo ella había cultivado esas rosas y cuáles páramos le eran más queridos; viéndose a sí misma de nuevo cortando las rosas por las noches, escuchando el canto de los grillos. En ese alud de recuerdos, diciéndose que las aves volverían a la mañana siguiente, cuando soplara el céfiro de levante, Shejiná vio a Asurel en lo alto de una elevada construcción, destacada contra el cielo negro, interrumpido por destellos continuos; sobre esa torre ensombrecida, desde la más profunda oscuridad, surgía la silueta de un hombre, de pie, que sería humana de no ser por sus grandes alas... Era una forma dotada de una aureola roja que se movía en llamas, en torno a su cabeza. La silueta portaba, en la mano derecha, la larga espada, cuya oscuridad no impedía distinguir el latir en fuego azul, de su hoja de doble filo.

Hicieron lo mismo que en Edén, segundos antes de la Caída, lo mismo que en un pasado sin nombre, en eterno retorno, idéntico acercarse el uno al otro, separados por Dios y de todas maneras buscándose, como todos los que en el mundo van a alguna, sin hallarlo... Como los que podrían amarse y no se aman; como los que se intuyen, sin encontrarse nunca. Algunos se imaginan y nunca se conocen. Otros se encuentran y se pierden. Pues Asurel era el Ángel del Amor Imposible, del Amor Inconcluso. Y Shejiná era su Amada en el Jardín.

Mas ni el Ángel Asurel, ni Shejiná, se tendrían el uno al otro, ninguno tendría lo que más amaba, pues entre ambos existía el universo entero. Su castigo por haberse rebelado a los designios de lo Alto era ése: Tener y perder, no recuperar jamás. Y su amada no pertenecía a la Tierra, no en carne y sangre.

Caídos en el mundo, se habían visto llevados al juego de las vicisitudes humanas, cumpliendo con papeles de encuentro, de desencuentro, de pérdidas y de hallazgos. De extraños acercamientos. Historias normales, de seres normales, pues ese bosque y su infinita belleza, aun cuando pareciera tan aquí como para que ella pensara en ver el regreso de los pavorreales, como para creer que estaba de vuelta, no era verdad. Revivía esos

momentos íntimos con la sensación de haberlos recuperado, extrañada de haberlos olvidado, renovada al verse de nuevo en esos momentos que llenaban siglos. Mas eran un atisbo.

Shejiná recordaba, pero estaba destinada a olvidar. Ella no sería, nunca más, para él, quien había sido aquella noche bajo las estrellas. Sin embargo, el Ángel, atravesado de pena, volvió a hacerlo: Se dejó caer desde aquella torre de ventanas selladas, desde la torre amenazada por el relampagueo de truenos insonoros que la convertían en un faro espectral, inestable.

Voló hacia ella. Fue de nuevo el Ángel que sobrevolaba el bosque.

La noche desapareció. El Sol se elevó, pronto, extendiendo en brazos de luz, su calor por la espesura. Asurel volaba sobre pinos y campos de rosas, buscando a su amada en el inmenso Jardín, mientras en el firmamento, un latir anunciaba al Rayo. Esperaba verla en cualquier momento, porque las legiones de Ángeles Rebeldes retrocedían, combatiendo. Asurel volaba encima de las florestas, de los nacimientos de agua, los rosadales, las cascadas donde había transcurrido la eternidad, mientras la mañana se teñía de sombras, de jirones oscuros.

El Ángel surcaba de nuevo la distancia sobre el bosque ancho como los siglos, cuando oyó un primer trueno, distante. El Altísimo descendía y con él sus legiones, que entonaban cánticos de victoria y de justicia. El Ángel recorría Edén por los aires —aquí nacían las cascadas, allá las afluentes se dirigían al mar, al Oriente se levantaban los palacios de los Demiurgos—, casi incendiado de velocidad por el afán de alcanzar a Shejiná, antes del último tañido. Porque ella latigueaba en el corazón del Ángel, arrancándole un dolor ardiente y un odio inmenso contra la Gloria. Fue entonces cuando fraguó su venganza. Los Ángeles Rebeldes no tomarían el Paraíso, pero si él la perdía, que un cielo sin estrellas entonara la venganza en gélidos cantos de pena y de dolor, en lamentos de amores perdidos seguidos de gaitas bajo la lluvia, en endechas de almas que se separan, en antifonas de todos los que se pierden. Que el tiempo fuera un laberinto sin salida si perdía a Shejiná, que no existiera felicidad sobre la Tierra. Que nadie estuviera nunca con quien amara y que todos fueran ángeles oscuros que deambulan con una herida de nocturno en sus almas.

En la menguante luz de la esplendente arboleda, escuchó la voz de Sheijá, llamándolo por su nombre angélico, pues su amada lo buscaba, llena de aflicción, entre los robledales.

Ella apareció en una vereda. Se acercaron el uno al otro, él por los aires, ella corriendo, pero el Rayo cayó, intempestivo, y los borró.

EUGENIA, DESFALLECIDA, CERRANDO LOS OJOS, DETUVO SU CARRERA Y se desplomó hacia delante.

—¡Shejiná! —gritó Alejandro.

La chica cayó, justo en los brazos de él.

POR LA VENTANA ABIERTA, LA CORRIENTE DE AIRE, CONTINUABA.

En la sala del departamento, Alejandro apartó el cabello de la frente de Eugenia: Su rostro tenía una expresión calma, como si estuviera dormida.

Miró en torno. Las cortinas se removían, en el anuncio de algo que se aproximaba. El insistente viento de la calle corría, tenaz, sobre los objetos y los muebles.

Y Alejandro se percató de que la corriente de aire que entraba por la ventana, no cesaba. Proseguía, insistente, inacabable...

Arrodillado junto a Eugenia, sin soltarle la cabeza, Alejandro miró a su alrededor, con furiosa expectación. Aquello no era viento. Lo conocía. Así lo divino se manifestaba en el mundo humano. Los sentidos lo captaban como viento, lo intuían como presagio.

Era el anuncio del Rayo, la Voluntad de lo Alto revestida de apariencia al momento de entrar a la realidad física. El Rayo descendía por el Árbol, con destellos lejanos, invisible, todopoderoso. El Rayo caía, y todo siempre se precipitaba con él.

Alejandro cargó a Eugenia hasta cama y la protegió con su cuerpo, viendo a todas partes.

—¡No! —gritó— ¡No!

Primero sintió miedo. Después, experimentó odio, acompañados de rápidos pensamientos de ira: La experiencia del condenado. Ese piso, sus muebles, el lecho, la ciudad, el tiempo, no tenían finalidad. Eran un teatro para los acontecimientos del alma. Y ahora, la mayor fuerza se presentaba, nuevamente, para

trastocarlo todo. Nadie podía escapar a la Justicia Divina. Era el Rayo, otra vez en descenso desde los Coros Celestiales, para hacer caer a los Rebeldes, para separar de nuevo a los amantes.

Cancelado, al piso no llegó sonido alguno, ni de autos, ni el de la muchedumbre en la calle. El oscilar del árbol en la acera, se detuvo. El viento cesó.

Calma. Silencio. El crepúsculo se aceleró: Una cascada de luz subió por la pared, haciendo retroceder las sombras, mientras el Sol caía, acelerado, tras el horizonte, levantando el telón para el rito de la Caída.

Los vestigios del atardecer se consumieron. Los últimos rayos solares arrancaron brillos al cofre de cerámica. Su iridiscencia, su desvanecerse en la penumbra, fueron un tañido.

Los resplandores del Rayo en aproximación mostraron los verdaderos ojos de Alejandro: Se estrellaron de venas en llamas, los iris se tornaron discos de sangre ardiente. Su sombra se impactó, blanca, en la pared; era un ánima de amplias alas en la puerta abierta de Daat, la sefirá sin Número, la única sefirá sin sendero, la de los seres invisibles.

El Rayo se acercaba, con crepitar y pulsaciones. Una pálida luminosidad distorsionó los muebles desde un foco situado por encima del techo, suprimiendo la noche con una irradiación plateada. Viendo los resplandores de la ventana, que latían, Alejandro se alejó del cuerpo de Eugenia en el lecho. El Rayo venía por él. Extendió la mano hacia el cofre, la manzana de cerámica. En el silencio previo al choque quiso tener en las manos algo que una vez roto el ensueño le permitiera saber quién había sido Alejandro, cuál era la forma de regresar. Algo que le permitiera *recordar*.

El destello del Rayo explotó con dos palabras, un Nombre que restalló con empuje colosal, borró el piso y demolió la Torre con estruendo, precipitándolo, ola de fuego, total, invencible, voluntad suprema. Y ese Nombre, en la explosión de luz, fue reverberante, ensordecedor, creador de mundos y su destructor, la suma del conocimiento, y el Nombre era:

—¡Yo... SOY!

Azotado por el estallido del latigazo ensordecedor, mordiente, en esa nitidez atronadora que formaba un paréntesis en el tiempo, una angulación infinita en el espacio, Asurel,

desenmascarado por el Rayo, obligándolo a despojarse de la apariencia que tomara, sintió en las manos su propia espada, arrancada del fondo de millones de siglos; tomó solidez en sus manos, de nuevo sin cicatrices. Y el fulgor azotó a Asurel, quien cayó estruendoso, atropellado, y la explosión del Rayo cimbró al universo, ennegreciendo a las legiones derribadas, a los millones de ángeles incendiados que se transformaban en Mensajeros de Angustia para habitar el mundo de la Caída, descendiendo en sombras ardientes de hecatombe. Y la explosión calcinó estandartes y emblemas, y los Ángeles Rebeldes se precipitaron en oleadas al mundo; las alas ennegrecieron, los ojos ensombrecieron, los secretos fueron revelados, pues los Ángeles Caídos se convertían en los hijos condenados de la noche.

Se precipitaba, en anarquía, por el Sendero de la Muerte. La Torre, abatida, se desplomaba en ardientes trozos descomunales.

Sintió las heridas de sus manos, abrirse nuevamente en brillo, arrancándole un alarido de dolor. Esas lesiones eran el sello de su tragedia demoníaca. Su sangre —junto con la sangre de los demás Ángeles Rebeldes— arrancó algunos territorios del Paraíso, en peonza hacia una deriva lejana, en la cual nacieron los seres contrahechos que habitarían ese páramo por la eternidad.

Y después se encontró en campo abierto, entre agrestes picos de roca, escuchando las voces de un enjambre alado que se organizaba, jubiloso: *"Babilonia! ¡Fundaremos Babilonia! ¡Iremos a Babilonia!"*

—Principados, Tronos y Serafines derribados que vuelven a nacer —siseó una voz cerca del Ángel de Angustia de la Belleza del Mal—. La Legión de los Caídos, orgullosos de su conciencia en la libertad maldita, un tercio del Ejército Celeste. ¡Contempla a la Cáfila de Apolión, los Hijos de la Oscuridad velando el firmamento! —y con dolor, la voz añadió— ¿Y los has abandonado para bajar a este mundo de miseria? ¿Para caer de nuevo, es que has renunciado a las rojas estrellas de los cielos púrpura?

ALEJANDRO ABRIÓ LOS OJOS, DE BRUCES EN EL PISO, CERCA DEL COFRE, roto como una manzana aplastada.

Había intentado tomar el cofre. *¿Para qué, qué buscaba con eso?*

Se puso de pie. Las manos le ardían.

No le hacía falta quitarse los guantes para saber qué sucedía: La sangre corría de ellas a borbotones, por debajo de sus guantes.

Se arrodilló junto a la cama, apartando el cabello de la frente de Eugenia, que parecía dormir. No dormía.

Alejandro tampoco dormiría. La sangre que brotaba de sus cicatrices abiertas no habría de detenerse, y ya corría, incontenible, a lo largo de sus brazos. Sus heridas no volverían a cerrar.

Golpeando contra los muebles, atravesó la habitación a zancadas. Y mientras Eugenia era una sombra quieta sobre el lecho, Asurel abrió la ventana y el camino de los siglos volvió a abrirse en su corazón como una Rueda trepidante, con las Legiones caídas a la Tierra, con el nacimiento del dolor y de la culpa, de los besos de traición, de las palabras sin verdad. Las heridas de sus manos, abiertas, sangraban, tan ardientes como carbones. La vida se le iba en torrente. Porque la herida en el alma de los Ángeles Caídos era que los humanos utilizaban el poder que les legaran, para justificar una burda mezquindad. Habían dado poder a los humanos, y éstos lo derrochaban en actos tan estúpidos como los nacidos de la envidia y del rencor. ¡La raza de Adán! ¡Adán, cuyo nombre al revés era *nada*, que nunca comprendía *nada*, que jamás se enteraba de *nada*, que no era sino un comparsa en esa historia!

Extendió los brazos hacia el horizonte y cerró las manos, como si apresara algo intangible, como si tomara por la fuerza el corazón de las alturas, y sosteniéndolo, lo atrajo bruscamente hacia sí. En respuesta, sobre las montañas, el aire se extendió en dirección a la ciudad. Un sopro aullante, creciente, a decenas de kilómetros por hora, azotó los edificios; los árboles se agitaron, sin control. El cielo se encapotó en torbellinos de nubes, la ciudad se sumió en una noche azarosa. Retuvo las manos apretadas contra el tórax, con los ojos cerrados, reuniendo fuerza, y al abrirlas, también abrió los brazos y en ese momento, un torrente de lluvia cayó, azotado por un trueno iracundo.

El ángel oscuro salió por la ventana, extendiendo las alas. Remontando la altura, gritaba a los cielos, volando bajo la lluvia.

—¡Saber qué y no saber por qué! ¡No recibir respuesta, mientras el tiempo lo consume todo! ¡Has condenado a tu Creación a la ignorancia! ¿No fue entonces la Noche quien permitió comprender a la Luz?

Porque todos somos ángeles oscuros. Ángeles oscuros en el laberinto del tiempo y del espacio, ángeles oscuros tras la negra luz de las respuestas, crucificados entre relojes y horizontes; huestes de ángeles oscuros, de corazones en llamas; entre la carne de arena y el espíritu de fuego, en una inmensa ciudad milenaria; ángeles oscuros en el océano de voces; porque los ángeles oscuros llenan las calles en marea; porque todos somos ángeles oscuros en un camino que pierde la memoria; ángeles oscuros liberados al inicio del tiempo, para surcar el firmamento en senda de cenizas.

# PALACIOS OLVIDADOS



DAVID, EMPAPADO POR LA LLUVIA, BAJÓ CORRIENDO POR LAS ESCALERAS del Gorgomoth. Al encaminarse hacia el fondo del antro subterráneo, lo retuvieron de un brazo.

—¿A dónde vas? —era una chica.

Sonia. Ella había sido su novia, antes de Eugenia. A David le tomó un segundo recordar su nombre, por la conmoción en que se hallaba. Anoche, Eugenia le confirmó que terminaban. Hoy, hacía menos de una hora, ella lo repitió, cuando él telefoneó para insistir en volver.

—Sonia, qué pasa.

Eugenia era mucho menos alegre que Sonia. Incluso, podría decirse que era menos agradable. Cuando él terminó con Sonia, ella se lo tomó, por lo menos exteriormente, con buen talante. Los amigos de David le decían que Sonia todavía lo quería. Era el triángulo donde cada cual piensa, en quien no piensa en él.

—¿No te agarró el aguacero de marca reservada?— preguntó Sonia.

—¿De qué me hablas?

—¿Venías dormido, galán? Todo está inundado, por el Viaducto van las góndolas venecianas. Se me hace que esto se va a convertir en el submarino de Noé... ¿Ya no te hacen reír mis chistes? ¿Qué traes? —le preguntó.

Ella llevaba un tarro de cerveza, adornado por una pajilla... David casi rió, burlón y furioso. Todavía no entendía cómo ella podía beber cerveza con pajilla... Sería como fumar mariguana con filtro. No se dio cuenta de que esas consideraciones eran síntoma de su alteración anímica, causada por la pérdida, los celos y la cólera.

—Nada, suéltame —gritó, para hacerse oír en el bullicio—. Debo hacer algo.

—¿Hacer, qué? —la chica se fijó en la expresión de David— ¿Qué tanto buscas?

David necesitó decírselo, para desahogarse; también para afirmarse.

—Sé que ese tipo vive arriba, en el desván.

—¿Qué tipo, desván de dónde?

—El de aquí, allá, arriba, suéltame... Eugenia me dijo que ese tipo vive en el desván, frente a la cabina de sonido. Me las debe —y añadió, como para justificarse—. Desde su ventana se ve la calle, Primero de Mayo...

—¿Desván? —preguntó Sonia, extrañada— *Aquí no hay desván, y claro que nadie vive en este antro. Ninguna ventana da a la calle, si estamos bajo tierra. El único cuarto es la cabina de sonido. No existe nada como un desván, cómo crees...*

—¡No me importa! —gritó David, sin oír razones—. ¡Primero voy por él y luego por ella! Están muy idiotas si creen que se van a burlar de mí. O qué, ¿creen que no valgo nada y que me van a hacer esto y luego se van a largar, tan felices? No, yo me los voy a...

—¿A qué, tarado? No vayas a hacer una idiotez, óyeme, no te portes como niño dolido. ¿Traes la navaja, verdad, imbécil? Déjala ya, para...

Sonia calló, viendo hacia delante. Su gesto de estupefacción primero molestó a David y luego lo preocupó. Pensó decirle: *Cierra la maldita boca*. La gota que derramó el vaso fue precisamente ésa, una gota de cerveza que cayó en los zapatos de Sonia y que se volvió un reguero, porque ella casi soltaba el tarro y no apartaba la vista, aturdida, de algo enfrente. David no supo qué era, al ver en la misma dirección, y no encontrar nada en especial.

El asombro de David se transformó en pánico, ante el gesto de Sonia. Él no supo cómo actuar. La pajilla cayó del tarro que ella llevaba. David la siguió con la vista, pero las facciones de Sonia lo atrajeron, de nuevo, por fuerza de un paulatino horror. Estupefacto, sintió hallarse frente a una desconocida: La expresión de Sonia le marcaba los músculos de la cara.

Sonia rió, primero suavemente, y luego de manera espantosa. A David se le puso la carne de gallina. Un segundo vistazo le permitió descubrir lo que ella veía.

DE PIE FRENTE A SONIA SE ENCONTRABA ALEJANDRO, CON LAS MANOS en los bolsillos de la gabardina, viéndola con leve sonrisa. David, hasta hace un segundo, habría jurado que Sonia miraba al vacío, sin saber cómo actuar ante las carcajadas dementes de la chica.

Ella no conocía a Alejandro y aunque así fuera, su reacción estaba totalmente fuera de lugar.

Nadie más parecía ver esa escena. El Gorgomoth estaba completo, lleno de su movimiento habitual; pero David estaba aterrado, por la actitud enloquecida de Sonia. Y el aspecto de Alejandro fue terrible, de pesadilla, cuando sacó las manos de los bolsillos. Las manos... le sangraban... El líquido hemático, desde sus guantes, caía, a borbotones, encharcando el suelo. Como defensa propia, David metió la mano bajo la chaqueta, para sacar la navaja.

El tarro de Sonia estalló, en su mano. Ella cayó, con el rostro embadurnado de cerveza y sangre. Gritaba, retorciéndose, tomándose la cara, donde tenía incrustados gruesos trozos de vidrio. Varios voltearon hacia ella.

Las intenciones de David por pelear se desvanecieron, también a causa de la voz de Alejandro. A medida que éste hablaba, los reflectores del Gorgomoth comenzaron a reventar, en fuegos artificiales, en desorden, dejando caer fugaces chispazos por el antro, sembrando inquietud en las zonas alejadas de la escena y en las jaulas de las Muñecas Tétricas.

Sonia perdió el conocimiento. La iluminación falló, y eso los distrajo. La oscuridad provocó a David, una visión: Alejandro era una sombra vertical, de ojos ardientes. Su sola presencia infundía, como viento insidioso, primero duda, y después temor.

Aquella aparición no se detenía a considerar nada, ni quiénes estaban ahí, ni sus motivos. No los atendía. Un demonio no olvidaba, jamás perdonaba, creía tener invariablemente la razón.

David pudo ver los ojos de Alejandro, rojos y horriblos, pero entonces ocurrió un cambio sorprendente que cambió su incredulidad, en fe. Lo último, lo que nunca hubiera esperado: Alejandro soltó una amable carcajada.

DAVID SE SINTIÓ EN OTRO MUNDO. SU PÁNICO SE DESVANECIÓ EN UNA suerte de encantamiento, atraído por risas gozosas que parecían llamarlo, por el calor y el resplandor de fuegos que lo rodeaban. La música no era la misma que se escuchara hasta entonces, sino música de flautas, puntuadas por gritos de gozo.

Atrapado en una sensación donde el tiempo trascurría en rápidos conteos de horas, en un estar como embriagado, invadido

por la maravillada convicción de que todo era un milagro, David perdió la noción del paso de los días: Tuvo despertares en diferentes espacios de la celebración, tratando de sustraerse al olvido de un sueño traidor. Su conciencia le avisaba, en ratos de alarma, sobre el largo paso de los años, perdido en una penumbra de hojarasca, pavorosa al insinuar la certeza de que él perdía su mundo, alejándolo de sus seres amados, del entorno que conocía.

David despertaba entre otras miradas, en otros brazos, en destellos de conciencia, casi sin sentido de los paréntesis que separaban los espacios de lucidez.

David veía un baile frenético de cientos de personas, en una alegría semejante al furor, y a sí mismo —había permanecido por lo menos noventa años en una floresta situada al norte, en brazos de una silfide—; y al despertar, frente a una mesa sobre la cual, en una silla, vio a Alejandro pensativo, ajeno al desenfreno reinante, mientras parejas de enamorados se acariciaban con encantamientos, en medio de la danza, en total abandono de risas.

David miró el desenfreno que llenaba el recinto, escuchó las risas de goce, locura y rebeldía, vio los cuerpos entrelazados, entregados al placer carnal. Aquello... no era precisamente, pero sí en su forma, en su sentido...

*Es un aquelarre*, comprendió David, intentando zafarse del desvarío. Provocando sonidos amortiguados, se saltaba en las mesas, se bebía; los alaridos de júbilo se mezclaban en caleidoscopio bajo las luces que recorrían la danza. Flotaba un perfume envenenado de placer y olvido. En las jaulas, las Muñecas Tétricas daban azotes a los encadenados, con furia que alcanzaba el paroxismo, sonriendo perversamente, abriéndoles la piel hasta los huesos, haciendo saltar surtidores de sangre. Y sus víctimas gemían de placer. En torno a ellos, formados en largas columnas de Carnaval, una procesión de santos y peregrinos avanzaba, contorsionándose. David tuvo la impresión de que no era la primera vez que veía, que participaba (se dio cuenta, embotado, de que lo hacía con frenesí) en una celebración de esa naturaleza, llena de un ambiente de liberación basada en el exceso.

Y en medio del aquelarre, sobre el baile, las jaulas, los reflectores, las Muñecas Tétricas de botas y cadenas que

puntuaban la procesión, semejante a una marcha militar, Alejandro continuaba sentado, ejerciendo un pensativo reino sobre el carnaval, con expresión ausente, grave. La sangre que brotaba de sus manos corría por la silla y bajaba hasta el suelo, de donde algunos celebrantes la recogían en copas, para mezclarla con sus licores y beberla.

Agitadas por como el parpadeo de las luces, las estatuas temblaron. Al mismo tiempo, se desprendieron de los muros, con movimientos súbitos, de autómata, extendiendo brazos y sombras. Titánicos sobre el estruendo, Anubis, Parcas y Titanes recortados contra la escasa luz, se movieron, despertando del sueño a donde nuevos dioses las confinaran. La Muerte, vestida con túnica raída, alzaba su pesada guadaña y la dejaba caer, segando a diestro y siniestro a la muchedumbre que reía, brindaba y bailaba. Lejanamente, David se preguntó cómo era posible que nadie más se diera cuenta de ese prodigio, cómo todos continuaban riendo y abrazándose mientras...

*No estaba en un festejo.* Con un esfuerzo, se sustrajo a la embriaguez. Eso le permitió ver la realidad. La sordina que lo embotaba, adquirió otra naturaleza. El murmullo de desenfreno jubiloso perdió continuidad y en él, se destacaron algunas voces, aisladas. Notó que la gente corría y gritaba, pero de terror, saltando sobre las estatuas caídas, arremolinándose al pie de la única escalera, sin poder tomarla como no fuera a brutales empujones. David olió humo, sintió demasiado calor. Lo que había visto como antorchas eran, en realidad, fuegos, fuegos eléctricos. No era una fiesta, era un desastre. El Gorgomoth se incendiaba.

LOS SONIDOS Y LA LUCIDEZ REGRESARON. DAVID ENCONTRÓ A SONIA, malherida, sin sentido, debajo de una mesa; más allá, se distinguían cuerpos inmóviles de heridos y muertos entre o debajo de mesas y sillas. Muchos de ellos, pisoteados sin contemplaciones. David temblaba sin control, en medio de un ruido de cristales rotos. Este instante de dolorosa cordura era decisivo para salvar la vida. Debía salir de ahí antes de que el vértigo lo acabara, pues lo que le habían parecido caricias y besos entre el público debían ser, en realidad, agresiones casi mortales, en el afán de subir por la escalera.

Llevado por una nebulosa intuición, David miró hacia atrás. Ahí estaba, nuevamente, Alejandro, entre la muchedumbre, sin preocupación alguna.

—¿Por qué, David? —siseó Alejandro, con tersura— ¿Por qué pensabas hacer eso con Eugenia?

—Ella era mía.

Una risa cálida, breve.

—Débil defensa para el día de tu juicio. “No era una persona, sino mi propiedad.”

Las llamas delineaban las facciones del ser que dejaba ver la lobreguez de sus alas. Ese manto brumoso envolvía a las personas cercanas: Eugenia, David, la chica del Teatro Avatar, Sonia, el Gorgomoth, la ciudad. David no dudó que la terrible lluvia se debiera a Alejandro, que él la hubiera desencadenado.

Sudando por el calor y el terror, desencajado, David tosía por el humo, medio encogido de terror:

—¿Quién eres? ¿Qué eres?

—Eugenia es libre, David —susurró Alejandro, sin responder—. Ella fue libre para quedarse contigo, la primera vez. También lo fue, para dejarte. Lo fue para irse de mi lado. No te perdonaré lo que pensabas hacer con mi amada.

—Tú no eres un ser humano... Tú...

—En efecto, David, yo no soy uno de ustedes. Es al contrario. Ustedes son como nosotros.

Tomó a David por la barbilla.

—La gente... qué vas a hacerles...

—¿Te preocupas? Eres bueno, David, generoso... No te preocupes, no es mi trabajo llevar almas ante la Muerte... Ella, vendrá por los que quiera. Es sólo que, por donde yo paso, nada vuelve a crecer. El noble David... El hijo pródigo... Ustedes son hechura de nosotros, desde el tiempo de sus primeros padres. Acatan fielmente Nuestras Enseñanzas. El Mal les satisface. Toda su vida son Ángeles de Angustia.

Aquello, lo que fuera, tocó a David en un hombro. Éste nada sintió, sólo las palabras de Alejandro.

—Tienes mi protección, para que salgas de este lugar... Tranquilízate, David, vencedor de Goliat: Nadie sabrá lo que pensabas hacer, tu propósito de acuchillar a Eugenia. Nadie. Desde ahora, libre del daño que planeabas causar, sabe que Eugenia será

la última persona que te haya querido... Nunca más serás amado, en toda la larga vida que tienes por delante... Nadie te corresponderá. Y si alguien te ama alguna vez, morirá. Una limitada vida de pecado merece un castigo eterno. Sólo por haber pensado en el mal, eres reo de condena infinita. Y yo te castigo por ello, caprichoso como soy. Goza de tu abierta libertad.

EN EL PABELLÓN ESFINGE, LOS VIDENTES Y CURIOSOS SE RESGUARDABAN de la terrible lluvia, que anegaba las calles y ya entraba al edificio. Sin luz, en el local se informaban por medio de televisores que funcionaban con baterías.

Sentada en el local 17, la gitana escuchaba con poco interés las noticias sobre la inundación que afectaba a más de la mitad de la ciudad, suspendiendo el servicio del tren urbano y anegando las principales vías de comunicación.

Le preocupaba más el cuenco de plata que utilizaba para la Ceromancia, donde el Sigilo de cera, se derretía.

—Un Ángel está muriendo —se dijo.

La gitana encendió un puro, y frente a la estatua de un santo, entonó largas oraciones. Los rezos de esa mujer fueron los únicos que acompañaron al Ángel Asurel.

REGRESAR, FUE LO MÁS DIFÍCIL. TUVO QUE IR, PASO A PASO, HASTA volver con Eugenia.

La estancia en el mundo, lo afectaba. La dimensión humana, en realidad, era una emanación mental de los Ángeles Creadores. Formado por la necesidad de esos antiguos dioses celestes por crear, estaba animado gracias al sacrificio de muchos de ellos, y los seres que lo habitaban eran imagen y semejanza de esos dioses.

La naturaleza partía de formas básicas, cuya mayor facultad era la de regularse, mutar y regenerarse solas, para que no necesitaran supervisión. Así había sido pensado, y al igual que sus creadores, los humanos poseían mente y determinaban su destino. De manera que los espacios por donde Alejandro caminaba, eran una ilusión cuya finalidad era servir de marco para la evolución de las almas; por lo mismo, estaba dotada de valor, pues imponía fronteras para quienes entraban a ella. Alejandro, que volaba, debía caminar, sintiendo al entorno con un peso cada vez mayor. Se

estaba viendo reducido por ciertas limitaciones, a causa de tomar una apariencia física. Debía apresurarse.

Penosamente, subió por esa parte de la ilusión llamada ESCALERAS, dentro de esa otra ilusión llamada EDIFICIO DE DEPARTAMENTOS, para entrar a esa otra ilusión llamada CASA DE EUGENIA. Ignoró a los cuerpos que subían, esas cárceles físicas de las únicas realidades llamadas ESPÍRITUS, dormidos dentro de sus prisiones. Todas esas realidades materiales no eran objetivos por sí mismos, aunque los humanos así lo hubieran llegado a creer. Por culpa de ese error de concepto, por considerar que la materia era lo más importante, el mundo gravitaba peligrosamente a convertirse en un absurdo, y a echar por tierra el sacrificio de sus Creadores.

Las manos le ardían terriblemente. Sudaba de dolor. Trastabillando y con la cabeza baja, entró, de nuevo, al departamento.

Eugenia seguía en el lecho. Alejandro no se inclinó. Le habría sido imposible ponerse en pie nuevamente. Tomó una mano de Eugenia, e introdujo la otra, en un bolsillo del abrigo.

Sacó la larga y pesada Llave de plata.

CARGANDO A EUGENIA, ALEJANDRO CRUZÓ, EN LA NOCHE SECA DEL páramo marchito, una vereda de piedra, también iluminada por el blanco Sol herido.

Después de emplear la Llave, caminaba por la llanura polvorosa donde se encontraba el lago, esa área que una vez fuera parte del Paraíso y hoy era un desierto olvidado.

Llevó a Eugenia en brazos, por entre las sombras de los sauces, cuyas ramas se inclinaban, en un cielo vacío de estrellas, dominado por su pálida Luna solar. A su paso, las figuras contrahechas de los lisiados, se alejaron, arrastrándose.

DEJÓ ATRÁS EL LAGO MUDO, Y AL FINAL DE LA VEREDA, LLEGÓ A UN embarcadero abandonado, donde una lancha estaba anclada, al paso de un río de agua sepia, estancada.

Abordó, y depositó el cuerpo de Eugenia, suavemente, en la barca. La cubrió con su abrigo y desató las amarras.

La barca cruzó el río, hacia la ribera opuesta. Él desenfundó la espada y fue de pie en el navío que avanzaba, transportando a

Eugenia. Sostenía el arma con las manos sangrantes. La espada emitía un resplandor frío, cuyas tonalidades rojizas hacían destacar a las dos rosas en su guarda, y que contrastaban con la muralla de cedros marrones, en la orilla contraria. Su espada ardía, pues era el arma de un Ángel aborrecido. Al paso de la barca, las ondas alejaban lotos muertos por sobre el agua parda y estancada.

LA BARCA PASÓ POR DEBAJO DE UN ELEVADO ARCO DE PIEDRA, ENREDADO de bejucos, a cuyos lados se levantaban, en cimientos que emergían del agua, dos mohosas estatuas de esfinges, medio cubiertas de ramas desprendidas.

Internándose en ese brazo de agua estática, la barca cruzó entre inclinadas ramas de cedros, que se extendían, cargadas de humedad, sobre el relativamente estrecho margen del arroyo. Los apéndices vegetales se extendían, en cabellera verdegris, formando una cascada compacta. En otro tiempo, esa vegetación había resplandecido, pero desde hacía incontables días guardaba secretos letárgicos. Se extendía, feraz, hacia una construcción nunca pisada, a la cual, la embarcación, bogaba.

LA BARCA SE DETUVO FRENTE A UNA ANCHA GRADERÍA, QUE NACÍA directamente de las aguas, rematada por un alto edificio de ventanas ojivales.

El viajero enfundó el arma, cargó a Eugenia, y subió, por las gradas tapizadas de hojas secas, hasta que pasaron bajo el umbral abierto.

Cruzaron una amplia estancia de mármol blanco, adornada con mosaicos y estatuas, entre arcos que se abrían hacia salones desiertos. Más allá de un ventanal, la enorme Luna que era el Sol, se levantaba, hacia el Este.

Se hallaban en el Palacio que Shejiná y el Ángel del Bosque debieron habitar en el tiempo infinito de Edén. Nunca ocupado, perdido en la enramada incógnita desde la clausura del Paraíso, nadie había entrado antes, y nadie volvería a hacerlo. El ambiente en el aposento de mármol era casi tropical. El Sol castigado, desde el cielo sin estrellas, abría los espacios. Ese lugar de jaspe, de fuentes secas, de árboles infértiles, permanecería así por la eternidad: Vacío, invadido de soledad que acariciaba sus efigies, por habitaciones de raso y seda, en salones como testigos mudos.

El mundo humano dejaría de ser, pero aquel palacio continuaría, más allá del tiempo.

Tuvo una breve visión. Igual a borrones en el aire, vio a Eugenia y a sí mismo, afuera, sentados en el margen del río.

Alejandro había tejido una corona de lirios. Sonriente, la colocaba en torno de las sienes de Eugenia, que le sonreía, a su vez. Era la imagen de uno de los muchos días que hubieran debido pasar juntos en ese Palacio, sin sombra de desdicha. Ni Shejiná, ni el Ángel de esa visión, abstraídos en su felicidad, vieron a los torturados amantes, y se desvanecieron.

El Ángel herido depositó a Eugenia, pálida, muerta, en el piso de losas, sobre un azulejo que reproducía la Constelación de Orión. Asurel, en una ruta del tiempo diferente a la de aquella visión fugaz de lo imposible, se arrodilló, se quitó el guante izquierdo, el del lado del corazón. La sangre corría por el dorso de su mano en cantidad alarmante, y la pasó, rápido, sobre los labios de Eugenia. Cayeron gotas en los labios semiabiertos de ella.

—Sangre de ángel, amada mía —susurró—. El ángel muere...  
El ángel vive.

ENTRE EL ENSUEÑO Y LA VIGILIA, LA OSCURIDAD ENVOLVÍA A EUGENIA. Su estado le provocaba una sensación de balanceo: Sobre el rostro de Alejandro, atento hacia delante, el firmamento se despejaba en reflejos de mar, olas, frías corrientes de aire en una extensión ilimitada. Las estrellas sobre Alejandro aparecían y desaparecían por algo que nacía de su espalda y que se impulsaba con el viento. El juego de la luz produjo o hizo visible lo que Eugenia conocía: Las alas de Alejandro. La luz de las estrellas delineó los extensos apéndices de su espalda.

Los edificios estaban debajo. Sus ventanas se desplegaron en lentos brillos, acelerando cuando se encontraban sobre ellas, para quedar atrás. Un calor ascendía, pero todo era distante, sin importancia.

Todo estaba tan lejos como aquel vasto Jardín entre cuyas estrellas destacaban los astros que eran las sefirot... En torno a esos soles, los Mensajeros volaban en Jerarquías y Órdenes, a los acordes de la música de la Creación.

La urbe se transformó en una extensión de construcciones recorridas por un viento gélido. Los Siete Sellos estaban abiertos,

la caballería invasora de jinetes de hierro y lapislázuli, armada con cimitarras y alfanjes, invicta, recorría, en hordas, el desplome del mundo, convocada por el Ángel de la Muerte.

Era el Fin del Mundo, y Asurel llevaba a Shejiná por los cielos, con los ojos brillantes al fuego del holocausto, sobre las ruinas del mundo muerto del Apocalipsis, sobre sus imperios caídos, sus buenas intenciones, sus máscaras, tras un lugar seguro al fragor del tiempo que expiraba. Shejiná sabía que él, la amaba. Ella lo amaba. Era la única verdad. Como se habían amado en un tiempo pretérito, en ocasiones ahora reunidas, más cercanas al cielo que a la tierra, más próximas al ensueño que a la realidad. Y sobre ellos se extendía el firmamento de estrellas desbocadas, liberadas al final de todos los senderos.

ALEJANDRO TRASTABILLABA EN LAS CALLES VACÍAS, DONDE LA LLUVIA menguaba.

Con Eugenia en brazos, Alejandro caminaba entre los autos abandonados por la inundación. Reconoció su meta: El árbol de flores púrpura, afuera de casa de Eugenia.

No tuvo fuerzas para entrar. Se sentó en la acera, tapizada por una pléyade de flores, que la tormenta desgajara del árbol. Estrechó a Eugenia, se apoyó en el tronco, y cerró los ojos. La calle estaba desierta.

DESDE LAS RAMAS, UN ROSARIO DE GOTAS DEJABA CAER REFLEJOS DE LA Luna. Alejandro jadeaba. Tosió y apoyó la cabeza en el árbol. Ella, recobrada, se sentó en la acera, y lo apoyó en su regazo.

Y SUCEDIÓ QUE ELLA, TODAVÍA, RECORDABA.

AL LADO DEL ÁRBOL QUE FILTRABA LA LUZ DE LA NOCHE PROFUNDA, Shejiná y Asurel se reunieron de nuevo. No en una visión, no en episodios esporádicos de recuerdos truncados, sino en el presente.

Con la gabardina abierta y la espada a su costado, apoyado en el regazo de ella, los amantes volvieron a encontrarse, finalmente. Podían hablar de nuevo, al término de una noche que durara millones de siglos.

Lloviznaba lento, a grandes, pesadas gotas. Él necesitaba decirle, lo que no pudo antes.

—Shejiná... te pido perdón... por no haber podido alcanzarte. Debes saber que no te olvidé, ni hubo algo más importante que buscarte, esa tarde. Entre los míos, se sabe. Sábelo también tú, por favor —la tomó de las manos—. Nunca te olvidé, nunca, te lo juro, nunca. *Perdóname*.

Ella le secó el agua del rostro, con sus cabellos.

—Cuando presentí que estabas en esta prisión —añadió él—, no dudé en entrar también, Shejiná... Vine desde las alturas donde he permanecido desde entonces. Debía verte emerger del pozo del recuerdo, verte cobrar la vida que tenías en mi alma. Ese fuego me llevó a buscarte en países lejanos, en áridos eriales, en miles de escenarios en la dimensión del ensueño. Recorrí infinitos laberintos siguiendo el eco de tu nombre. Aquellas escasas horas en la noche del Paraíso han vivido en mi corazón, con su rumor de agua, con sus pinos. Tú, Shejiná, saliendo de entre los árboles, con tu corona de lirios en las sienes. Ese infinito vine a rescatar a este mundo desamparado, sin memoria.

Sheijná, también mojada por la lluvia, lo tomó por las mejillas. Su voz tenía un matiz sereno.

—Yo a ti, tampoco dejé de amarte, Asurel, jamás —afirmó—. Por eso estoy aquí, Asurel, en este extraño carnaval. Descendí de la torre solitaria de negra roca donde dormía, a donde el Rayo me envió. Desperté gracias a que conservaba las rosas que me diste. Busqué la salida, recorriendo salones solitarios, de plata y oro. En esos recintos te oía llamarme, en eco por los corredores adornados con pesados tapices. Y antes de tomar el pasaje que conducía aquí, cuando yo salía al oscuro océano que debía cruzar para encontrarte, mi último pensamiento fue que debías hallarme, y yo encontrarte a ti, prometiéndome que te recordaría.

Shejiná tomó a Asurel de las manos.

—Mi amado Asurel, me recordaste siempre, lo sé, lo veo. No dejaste de amarme, no me olvidaste. No debes culparte. Sé que fuiste a mí, como lo hiciste ahora, y por el modo como me has devuelto a la vida. Como te dije esa noche, debías hacer lo que debías hacer. Quizá nuestra historia fue un momento de gracia. Tú, el Ángel del Bosque y yo, el Espíritu del Bosque, son la imagen de un ensueño de amor. Y está aquí, de vuelta.

Asurel asintió.

—Estoy de nuevo contigo y tú, conmigo —susurró—. Pago el precio, con gusto.

Asurel agonizaba frente a Shejiná como en otro tiempo tuvo la última vista del Árbol de la Vida, el destello de soles tornándose en tinieblas, mientras al resplandor del Rayo, de su amada se desprendía una faceta, para caer a un alma humana; mientras en la tarde como un grito los vergeles y los huertos se desprendían del Edén ensombreciendo, llenándose de abrojos y de seres malogrados. Ahora, el Ángel Caído agonizaba frente a Shejiná, enamorada de un mensajero del dolor, de un mundo de áridas montañas bajo un enorme disco plateado, a la vera del tiempo.

—Una noche, te amé, como deseabas ser amada —susurró el Ángel Caído—. Y yo fui amado por ti, de la manera exacta como mi alma lo deseaba. Y aunque nos vimos arrastrados por otras fuerzas, en este extraño mundo luché por recuperarte, de la única forma en que sabía. O de la única forma en que podía. Es el sabor del fruto prohibido, el gusto amargo del conocimiento.

—¿Qué va a suceder, Asurel?

—En esta vida, no volveremos a vernos, Shejiná, más que en las miradas de quienes desean un amor sin medida. Te buscaré otra vez, en otra vida, más allá. Esto es un sueño de los dos, amada mía. Nos vemos, nos recordamos, mientras dura el sueño. Cada segundo que lleva al amanecer, ya próximo, nos separa.

Shejiná lo abrazó, con los ojos muy abiertos. No había nada, sólo la muerte, la única realidad definitiva, el único hecho que enseñoreaba en todas las cosas.

Se abrazaron, con fuerza. Por fin, volvían a estrecharse.

—Tú serás del todo humana, sin cadenas con el pasado... Ése es tu triunfo, es lo justo para ti. Tal vez lo único que yo pueda hacer, sea aceptarlo. Pues tal vez yo sea un recuerdo de otra edad, una sombra que se resistía a desaparecer... Mas aún si fuera al Desierto de la Nada, te amaría, pues yo no soy si tú no estás; no me falta nada, cuando estás tú. Esto es lo mejor que pudo haberme sucedido, amor mío, morir cerca de ti. Morir con el toque de Shejiná.

Dejaba de ser un Demonio, dejaba de ser un Ángel y se convertía en lo que siempre buscara, a través de miles de paisajes y de ensueños: Se convertía en la nada.

No podía evitar buscar a su amada, que era el ideal de un mundo perdido. Sólo era capaz de intentarlo. Sus afanes se resumían en ese breve reencuentro. Uno de sus últimos pensamientos fue que volver a tenerla había valido la añoranza; recuperarla, por breve lapso, aún para volver a ser un exiliado.

—Nada ni nadie pudo separarme por siempre de ti —afirmó ella, y sus ojos brillaban con luz de estrellas, cubriéndose una mejilla, con una palma de él—. Y aunque yo también deba irme de este lugar, pues volveré a dormir después de tenerte en mis brazos y olvidar... Como sea, por poco tiempo, por estos minutos, lo conseguimos, amor mío. Lo logramos.

Bajo la menguante lluvia, con Shejiná tan cerca como la noche cuando se descubrieron, la Caída se había concretado. Caídos de la Torre, se abría de nuevo el camino de Maljut, la dimensión de la vida en marcha, que los llevaba por rutas diferentes.

El tiempo se acababa. Asurel aferró una mano de Shejiná.

—¿Estarás bien, Shejiná? ¿Serás feliz?

La voz de Shejiná fue la de su rostro en el lago. Pero sobre todo, fue su voz de aquella noche de portentos, cuando en el Edén se conocieran. Ella estrechó a Asurel, contra el cuello:

—Sí, lo seré, amor mío, Asurel. No te olvidaré. Te reconoceré cuando te vea, en lo que de ti exista en este mundo, en lo que hay de nosotros en él: Los ocasos de lluvia, los amaneceres rojos, las noches estrelladas.

Asurel asintió, e hizo un último intento de hablar. Pareció que no lo conseguiría, pero alcanzó a susurrar, entregándose al silencio.

—... bésame, Shejiná... Lo único que he amado de esta tierra extranjera, son tus besos... Lo demás, el Paraíso... ¿quién recuerda lo que era el Paraíso?

Shejiná besó a Asurel en los labios, en los ojos, en las mejillas; lo aferró, ocultándole el rostro con el cabello, colocando a los dos el velo de una corona de sombras. Alejandro respondió a sus caricias, aspiró su aroma, hasta que ella se dio cuenta de que él estaba inmóvil. Que no respiraba.

Shejiná lanzó un grito, estrechando a su amado muerto.

Y su grito fue el de todas aquellas cosas que deberían ser, y que no lo son; el de las almas que deberían estar juntas, y no lo

están; el de las historias interrumpidas, el de los anhelos que se disuelven en los ocasos; el de las palabras de amor que arden en los labios y jamás se pronuncian. Y bajo el árbol frutal, en el océano púrpura de las flores caídas, de las estrellas rotas, de las alas consumidas, Shejiná abrazaba con fuerza al Ángel que llegara a ella con el viento, estrechando a Asurel, como si deseara no soltarlo jamás.

Y EL VIENTO DESPRENDIÓ MÁS FLORES DEL ÁRBOL, Y EN ESE VIENTO, EL cuerpo de Asurel también partió, junto con sus ropajes, y la espada, forjada en la fragua del interior de una estrella. Lo hizo igual que los pétalos violeta, en lluvia de pétalos en polvo. Y Shejiná quedó arrodillada, abrazando al viento, rodeada de cenizas en suave vuelo.

ALGUNOS VIERON A UNA CHICA ALEJARSE.

Shejiná caminaba por la acera, viendo al frente, desafiando al peligro o al dolor. Aquel era el último Tarot, El Mundo. La ciudad de fantasía, a la mitad del camino entre los días de los dioses y el tiempo de los humanos, se preparaba para otra tarde. Les llamó la atención su postura de dignidad, su serenidad, su no mirar atrás.

El Sol, radiante, enseñoreaba en la gran ciudad.

*Un silencio de milenios domina los acantilados de esta planicie árida. En su Sol candente, busco las señales que lleven a ti.*

*En algún sitio de esos relojes, un signo me mostrará el camino. Aunque hoy las dunas, el cielo profundo, los peñascos resquebrajados, los kilómetros te oculten.*

*Agotaré las distancias, los días, siguiendo un Hilo de Ariadna trezado de silencio, y cuando el reloj de arena gire, te veré aparecer; pues llevo tu memoria en el desierto de los palacios olvidados.*

*Mientras tanto, pensando en que un día te veré, a mi paso se abren metrópolis vacías, pórticos de ébano en edificios tallados de bajorrelieves. Recorro las columnatas de santuarios helados, entre pilastras de luz y de sombra en el erial. Camino por recintos cubiertos de hojas secas, por oratorios de fuegos apagados; entro a sus torres de silencio ocupadas por ecos en ascenso a la Luna. En bibliotecas, estudio pergaminos que guardan ciencias abandonadas.*

*Permanezco en el desierto, entre estatuas caídas, entre los fragmentos de mármol de las hazañas despedazadas. Tus pensamientos se extienden en el aire, mi corazón te percibe en los recodos del laberinto.*

*Asomo a una fuente, donde los lotos flotan. Me mostrarán tu imagen, cuando los astros se alineen, musitando en fuego que estoy cerca de ti.*

*Aunque un Arcángel impide la entrada a donde estás, sé que tampoco tú me olvidas, pues a este mundo llega la brisa de tu nombre, sobre sus vestigios y sus olas de arena.*

*Una noche, aparecerás en el prado neblinoso. Iremos el uno al otro sin artificios, con todas las historias saldadas, sin nada qué deber. Veré tu mirada que envuelve todo, mientras camino hacia ti, cruzando el río bajo la lluvia, y mi alma y mi mente comienzan, amada mía, a estrecharte.*

## Caída de los Ángeles Rebeldes

- I. En el principio fueron los Ángeles Divinos.
- II. Y ellos se convirtieron en Ángeles Caídos.
- III. Ahora todos somos Ángeles Oscuros.
- IV. Porque en el principio fueron los Ángeles, y en su corazón palpitaba la Noche.
- V. Porque los Ángeles son Demiurgos de terrorífica faz y en sus manos anida la oscuridad.
- VI. Crearon vida, pero esta fue malsana y por eso fue destruida en diluvios.
- VII. "Crearemos al hombre a nuestra imagen y semejanza", dijo el Altísimo a los Ángeles.
- VIII. Y el Altísimo y los Ángeles crearon al divino andrógino.
- IX. Pero un tercio de los Ángeles se negó a enclaustrar a la vida en Edén.
- X. Su rebeldía estalló en batalla y combatieron siete días con sus noches contra los Ángeles celestes.
- XI. Y el lugar de la guerra angélica se llama Edén, la Tierra de los Dos Ríos, donde se levanta el Árbol del Conocimiento y el Árbol de la Vida y de la Muerte.
- XII. La sangre de los Ángeles rebeldes derramada en combate hizo brotar viñedos amargos, peñascos infinitos y el lugar conocido como Abismo.
- XIII. La Rebelión, la cola del dragón, arrastró a los Demiurgos.
- XIV. Y cayeron, y en la noche fueron llamados Ángeles de Angustia.
- XV. Llevan un signo de fuego en su mirada.
- XVI. Y el divino andrógino se dividió.
- XVII. Y nacieron Adán y Eva, y la sombra abrazó a Lilith.
- XVIII. Y en el monte Hermión, los Caídos juraron liberar al ser humano del sin sentido.
- XIX. Por eso el Ángel de luz dio a Eva la manzana, nombre del conocimiento en la sagrada clave.
- XX. Eva, esto es las mujeres, transmitieron a Adán, los varones, el primer conocimiento.
- XXI. La raza humana vio entonces su desnudez, es decir, fueron concientes de su ignorancia.
- XXII. Y por ello, Edén fue clausurado.

- XXIII. Y los Ángeles Caídos enseñaron a los humanos los oficios y la magia, los sigilos y las sagradas formas geométricas.
- XXIV. Y con las hijas de los hombres algunos Ángeles procrearon a los titanes, que fueron poderosos reyes de la tierra.
- XXV. Y estos titanes y sus padres son llamados Nephylim.
- XXVI. Y ante sus ojos los humanos parecían langostas, y se sentían ante ellos como langostas.
- XXVII. ¿Quién guió a la humanidad por la senda de la vida?
- XXVIII. Fueron los Ángeles de Angustia.
- XXIX. ¿Quién guió a la humanidad por la senda de la muerte?
- XXX. Fueron los Ángeles de Angustia.
- XXXI. Con los humanos, la progenie oscura de la Caída, Ángeles Caídos porque un día tuvieron deseo de ser.
- XXXII. Mas los demiurgos no pierden lo que les pertenece.
- XXXIII. Y así nacen en la Caída los Nueve Zafiros de la Sombra en la Kabbalah del Mal.
- XXXIV. Tres órdenes por cada tres zafiros.
- XXXV. El Primer Orden es Reino e inicia con el Zafiro Corona del Mal, de los Hayyoth o Serafines de la Sombra.
- XXXVI. Zafiro Sabiduría del Mal, de los AUFANIM o Querubines de la Sombra.
- XXXVII. Zafiro Acción del Mal, de los Erelim o Tronos de la Sombra.
- XXXVIII. El segundo orden es Creación e inicia con el Zafiro Orden del Mal, de los Kashmalim o Dominaciones de la Sombra.
- XXXIX. Zafiro Severidad del Mal, de los Serafim o Potestades de la Sombra.
- XL. Zafiro Belleza del Mal, de los Malakim o Virtudes de la Sombra.
- XLI. El Tercer Orden es Forma e inicia con el Zafiro Creatividad del mal, de los Elohim o Principados de la Sombra.
- XLII. Zafiro Gloria del Mal, de los Mala Elohim o Arcángeles de la Sombra.
- XLIII. Zafiro Fundamento del Mal, de los Kerubim o Ángeles de la Sombra.
- XLIV. Y en el Décimo Zafiro, nosotros, Hermanos, el Reino de la Sombra.

**EL TOQUE DE SHEJINÁ**  
es una publicación electrónica del sitio de Arte en Red:

El Vals de la Muerte  
[www.victorhugo.org/valsmortal](http://www.victorhugo.org/valsmortal)

En la sección Umbral,  
para su libre reproducción, sin fines de lucro


Derechos reservados © 2005 Víctor Hugo Flores Solís

Para la composición de este libro se utilizaron las fuentes  
tipográficas Revival 565 y Casablanca Antique

Diseño: Martha Gudiño Martínez  
[marthagudinomt@hotmai.com](mailto:marthagudinomt@hotmai.com)

[victorhflores@yahoo.com](mailto:victorhflores@yahoo.com)





Un Ángel de Angustia entrará a la dimensión humana para recuperar un amor perdido en el Paraíso, al inicio de los tiempos. En nuestro extraño mundo, las vicisitudes diarias pueden convertirse en obstáculos insuperables. Lo humano puede ser peligroso, tanto, como para aprisionar a un Espíritu crucificado entre la memoria y el olvido... y a un Ángel de Angustia atrapado entre el amor y el odio.

Desenlace del oscuro cuento de hadas *Sangre y Rosas*, del Proyecto El Vals de la Muerte.

Fotografía y Diseño de Portada:  
LDG. Karina Sánchez Dromundo  
kasadro2004@yahoo.com.mx

*Mers Vals*  
Romanticismo Oscuro